

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO

EN EL CAMINO DE UNA ALIANZA:
CIENCIA Y FE

CONGRESO DIOCESANO DE EDUCACIÓN

45^o

ANIVERSARIO DE LA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE ORIHUELA



www.45upo.es



NÚM. 430

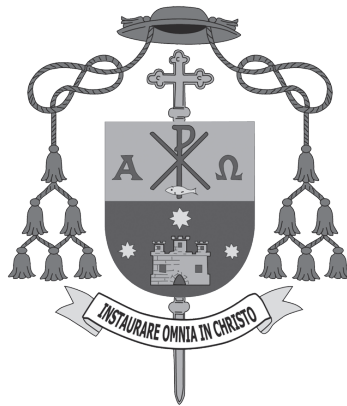
AÑO 2019

JULIO / AGOSTO

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO



NÚM. 430

AÑO 2019

JULIO / AGOSTO

PORTADA: Composición para la promoción del Congreso Diocesano de Educación en el 450 Aniversario de la Universidad Pontificia de Orihuela.

EDITA: Obispado de Orihuela-Alicante
Marco Oliver, 5
03009 Alicante
Tel.: 96 520 48 22

IMPRIME: RGV PRINT SERVIGRAF S.L.
C/ Azorin, 4. 03007 Alicante

Depósito Legal: A-61-1958
ISSN 1885-1487

SUMARIO

OBISPO DIOCESANO

Escritos

Hacer «Turismo lento».....	7
Virgen del Carmen	9
«La Asunción de María».....	10
El <i>Misteri</i> vivido en familia	11

Homilías y alocuciones

Lourdes. Peregrinación 2019.....	13
Homilía en la Misa de Unción de Enfermos.....	15
Eucaristía de acogida de la Comunidad de Canonese en la Santa Faz	18
Bendición de Peregrinos Diocesanos a Compostela.....	21
Eucaristía dominical de S. Nicolás, con motivo de los 20 años de Radio María	23
Eucaristía de las Bodas de Oro de la Parroquia de San Pedro.....	26
Solemnidad de la Asunción de la Virgen.....	28

Agenda

Julio.....	31
Agosto	34

VICARÍA GENERAL

Elección de arciprestes. Nueva normativa en la elección de arciprestes...	36
---	----

CANCILLERÍA

NOMBRAMIENTOS DIOCESANOS	38
Nombramientos.....	40
Ejercicios Espirituales	42
Estatutos.....	42
Decretos	42

SANTA SEDE

PAPA FRANCISCO

Carta del Santo Padre a los Sacerdotes en el 160º aniversario de la muerte del Cura de Ars (4 de agosto de 2019).....46

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

7 de julio, Jornada de Responsabilidad en el Tráfico.....61

16 de julio, Día de las gentes del mar: «Confía, marinero, dale a él el timón»64

«Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo» (Sal 42, 3).

Orientaciones doctrinales sobre la oración cristiana.....67

OBISPO DIOCESANO

ESCRITOS

Hacer «Turismo lento»

Carta del Obispo de Orihuela-Alicante a los turistas

Estimados veraneantes:

Un saludo a todos y bienvenidos los que pasáis las vacaciones entre nosotros.

Me imagino que vuestra intención es aprovechar al máximo estos días de asueto. Supongo también, que además de descansar, queréis visitar y conocer los lugares y atractivos que ofrece nuestra tierra alicantina, que son muchos. En el empeño no os faltarán ofertas e itinerarios turísticos que acapararen vuestra atención. En fin, aquí encontrareis, seguro, abundantes opciones para organizar las vacaciones. Por este motivo, y siguiendo al Papa, me permito sugeriros algo que me parece de interés.

El Santo Padre Francisco en un reciente discurso al Centro de Turismo para Jóvenes nos ha presentado una nueva modalidad de hacer turismo. Me refiero al denominado «*Turismo lento*», *contraponiéndolo al de masas, porque promueve la calidad y la experiencia, la solidaridad y la sostenibilidad*».

Esto viene motivado porque las prisas y multiplicidades en el campo de la movilidad conducen, con frecuencia, al turismo superficial. Conseguir solo información o realizar estancias cortas y aceleradas, hacen que se almacenen muchos datos en nuestra mente, pero sin llegar a captar la esencia de las personas, lugares o cosas que hemos visitado. Esto es precisamente lo que advierte el Santo Padre cuando en este mismo dis-

curso recomienda: *«Si visito una ciudad, no solo es importante que conozca los monumentos, sino también que me dé cuenta de la historia que tiene detrás, de cómo viven sus ciudadanos, de los desafíos que tratan de enfrentar. Si subo una montaña, además de mantenerme dentro de los límites que la naturaleza me impone, tendré que respetarla admirando su belleza y protegiendo su entorno, creando así un vínculo con los elementos naturales hecho de conocimiento, reconocimiento y aprecio».*

El Pontífice justifica esta aseveración afirmando, que *«la lentitud -si no es el fruto de la pereza- genera atención a los lugares y a las personas, fidelidad a la tierra y dedicación a ella».* Se trata, por tanto, de buscar en la acción turística nuevos conocimientos y de contactar con las personas, culturas y problemas de nuestro tiempo.

No hay que olvidar que la práctica del turismo debe dirigirse siempre a la *«visión integral de la persona»* y *«mirar a su alrededor, para así entenderse más profundamente».* Hay que tender hacia *«un turismo que no está inspirado en los cánones del consumismo o deseoso solamente de acumular experiencias, sino capaz de favorecer el encuentro entre las personas y el territorio y de favorecer el crecimiento en el conocimiento y el respeto mutuos».*

Así pues, la lentitud que se os sugiere para estas vacaciones tiene como objetivo alcanzar el conocimiento y la profundización, cambiar la velocidad por el sosiego, dominar el tiempo y viajar con tranquilidad, disfrutar de los detalles... Se trata de descubrir la esencia del destino: sus gentes, tradiciones, artesanías, fiestas, costumbres, idioma, su medioambiente, etc. Y con asombro y acción de gracias vivirlo todo en oración. Vivir la vida como un don, como permanente regalo de Dios: en la gente, la historia, la naturaleza. En el tiempo, que fluye como espacio para la felicidad.

Para acabar, sabed que os acompaño con mi oración; y también particularmente, mi agradecimiento, a todos los trabajadores del sector turístico y de los servicios por la acogida y atención que brindáis a cada persona que nos visita. A vosotros refiero este texto de la Carta a los Hebreos 13,2: *«No olvidéis la hospitalidad; gracias ella, algunos, sin saberlo, acogieron ángeles».*

Que Nuestro Padre Dios, por medio de la Virgen María nos bendiga, y a todos conceda unas buenas vacaciones.

¡Feliz verano!

Virgen del Carmen

Nombrar a la Virgen del Carmen significa, en primer lugar, remontarse a los orígenes de las diversas familias carmelitanas, varias de las cuales viven entre nosotros, y que tienen sus raíces en un gran movimiento espiritual nacido en el lejano año 1156, en Palestina, en el Monte Carmelo, lugar de hondas resonancias bíblicas. Su expansión en la Europa del siglo XIII, significó la difusión de la devoción a la Virgen con esta advocación, que ha llegado muy viva hasta nosotros.

Con el tiempo, posteriormente, se ha vinculado profundamente la devoción a la Virgen del Carmen con las gentes del mar, siendo ella objeto de especial veneración y fiesta en un sinnúmero de manifestaciones de piedad popular, entre las que destacan las procesiones marineras.

Nuestra Diócesis de Orihuela-Alicante, en su larga historia atesora un rica presencia de congregaciones carmelitanas, incluso es cuna de alguna de ellas, y además al ser tierra profusamente bañada por nuestro Mediterráneo se siente impulsada en este día de la Virgen del Carmen a pensar de modo especial en sus hijos vinculados al mar y en hacer de este espacio privilegiado de la Creación altar sobre el que rendir culto a nuestra Madre, estrella y puerto en nuestras vidas. Por ello os deseamos a todos: feliz fiesta y feliz travesía.

«La Asunción de María»

Fiestas patronales, ejercicios espirituales para laicos, campos de trabajo para jóvenes, campamentos, peregrinaciones, encuentros,...la riqueza de la vida diocesana durante el verano nos ayuda a descansar, a romper la rutina, sin dejar de mirar al cielo.

En el corazón de este agosto, especialmente miramos hacia el cielo siguiendo con nuestra mirada a la Santísima Virgen María. Por ella y para ella, la Mare de Deu de l'Assumpció, se celebra cada año en estas fechas veraniegas la Festa, el Misteri d'Elx, esa maravilla que nos hace disfrutar de la música, de la fe, de la espectacularidad de la tramoya y, en definitiva, de la pasión de nuestro pueblo por su Madre y patrona.

La Solemnidad de la Asunción de María no puede ser sólo recuerdo de un misterio que atrae y maravilla. Nos infunde la esperanza de la victoria sobre la muerte, en la seguridad de que también nosotros, unidos a Cristo como su Madre, participaremos en su destino. María, rompiendo los vínculos del espacio y el tiempo, nos abre el camino de la gloria con la Santísima Trinidad, y nos precede en la eternidad, orientando así nuestra vida hacia la patria definitiva.

El Misteri vivido en familia

En el centro del mes de agosto, el calendario nos invita a mirar a la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra. Y esta invitación, que se hace a la Iglesia universal, tiene en Elche un valor especial porque por ella y para ella, la *Mare de Déu de l'Assumpció*, se celebra cada año en estas fechas veraniegas la *Festa, el Misteri d'Elx*, esa maravilla para los sentidos que a los miles de personas que acudimos a esta cita mariana nos hace disfrutar de la música, de la fe, de la espectacularidad de la tramoya y, en definitiva, de la pasión del pueblo ilicitano por su Madre y Patrona.

Como Obispo de esta Diócesis de Orihuela-Alicante, quiero dar las gracias a todos los que, año tras año, hacen posible que se represente el *Misteri* en el marco de la impresionante, bella y bien cuidada Basílica de Santa María, donde durante todo el año la Patrona de la ciudad, en cuyo honor se celebran estas fiestas de agosto internacionalmente reconocidas, recibe la visita de tantos hijos e hijas que acuden a sus pies con confianza.

Desde los Patronos del *Misteri* hasta los niños con sus bellas y claras voces, pasando por acomodadores, tramoyistas, cantores, encargados de vestuario, músicos... todos son importantes e imprescindibles para que esta magnífica fiesta no solo se conserve sino se transmita y crezca a través de ella el amor a la Virgen María y a las tradiciones de esta querida ciudad de Elche.

Pero quiero destacar el valor enorme e insustituible de la familia en la educación de los más pequeños, en la transmisión de la fe, de los valores y, por supuesto, también en las tradiciones como esta tan relevante que nos disponemos a vivir y celebrar estos días.

En la familia aprendemos a hablar y a caminar; en la familia aprendemos a amar siendo amados y a compartir; en la familia aprendemos los valores fundamentales de la vida que nos servirán para afrontar las distintas etapas de nuestro caminar, y en la familia aprendemos a santiguarnos, a decir «Padre nuestro» y a tener a la Virgen María como Madre del Cielo. En la familia -con el refuerzo de la escuela y la dimensión comunitaria y celebrativa de la Iglesia- nos hacemos cristianos, es decir, aprendemos a tener a Dios como Padre y a la *Mare de Déu* como Madre nuestra en el camino del amor a Dios y al prójimo.

El *Misteri* es una fiesta de familia. Y no solo porque con frecuencia cantores y tramoyistas ocupan ahora en la *Festa* los puestos que ya ocuparon sus padres y abuelos, sino porque se conoce, se aprende, se vive y se goza en el ámbito de la familia. Qué hermoso ver a los más pequeños de la casa de la mano de sus padres para ver con asombro la *Prova de l'Àngel* o la *Coronació*, mientras estos les animan a mirar a la *Mare de Déu* o a lanzarle un beso con tanto cariño. Así es como se transmite el amor a la *Festa* y, lo que es más importante, el amor a la Santísima Virgen María.

Junto a mi gratitud al pueblo de Elche y mi felicitación por hacer posible un año más, con su pasión y su fe, la celebración del *Misteri* en la importante Solemnidad de la Asunción de la Virgen María a los Cielos, quiero alentar a todas las familias ilicitanas a que sigan transmitiendo a sus hijos e hijas el amor a las tradiciones de esta tierra mariana y la fe en el Dios del Amor y en su Madre y Madre nuestra, la Virgen de la Asunción.

Bones festes d'agost! Visca la Mare de Déu!

HOMILÍAS Y ALOCUCIONES

Lourdes. Peregrinación 2019

*Misa de Apertura de la LX Peregrinación Diocesana a Lourdes
6 de julio de 2019*

Después del viaje, con todo lo que conlleva, hemos llegado a la meta. Aquí junto a nuestra Virgen de Lourdes acudimos como Hospitalidad Diocesana para hacer realidad con nuestros enfermos la Peregrinación número sesenta de nuestra Iglesia Diocesana de Orihuela-Alicante. Una peregrinación, pues, que debe tener en el fondo un acento de memoria agradecida por estos sesenta años de Hospitalidad, dentro de la que debemos recordar a todos los que nos precedieron. A ellos les representáis, ante el Señor y ante la Virgen, todos vosotros.

Vosotros apreciados David y José Manuel, Presidente y Consiliario de nuestra Hospitalidad, vosotros mis queridos hermanos sacerdotes, peregrinos en especial los enfermos, Hospi Junior y los más pequeños, y todos los que cuidáis de ellos, como equipo médico, como nuestro voluntariado en todas sus modalidades. Sed todos bienvenidos junto a la Virgen, junto al Señor, Él, en esta misa ya del domingo, nos ha regalado el gran tesoro de su Palabra, antes de sentarnos a la mesa eucarística.

Concretamente en el Evangelio de San Lucas nos ha hablado de una misión encomendada por Jesús a setenta y dos discípulos para prepararle el camino. En sus palabras hay elementos muy valiosos que no conviene olvidar a la hora de cumplir en estos tiempos la propia misión que de Él seguimos recibiendo.

Llama la atención la primera constatación de Jesús: «La mies es abundante y los obreros pocos», junto a su recomendación: «Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies». Es también sorprendente la descripción que hace del horizonte de la misión: «Os mando como corderos en medio de lobos». Y, sobre todo, las consignas: ir desprovistos de todo signo de poder –sin talega...-; con un saludo – paz- ; un mensaje

–el Reino de Dios está cerca- y un quehacer (sumamente significativo aquí en Lourdes)- «curad enfermos»-

También nuestro momento puede describirse con términos similares, porque también hoy «la mies es mucha y los obreros son pocos»; también hoy se respira y alimenta un cierto clima de hostilidad, acoso e indiferencia ante lo religioso y lo cristiano; también hoy es necesario «orar al dueño de la mies que envíe obreros a su mies»; también hoy es necesario hacer la misión desde lo más esencial del Evangelio, con un discernimiento profundo respecto de los tonos, medios y contenidos. Pero, por encima de todo, el acento recae, hoy como ayer, en los obreros. La segunda lectura nos ofrece el perfil del obrero cristiano: Pablo de Tarso, S. Pablo, seducido por Jesús y por su causa.

Hermanos: no hay cristiano sin misión. Una misión por la que no hay que irse muy lejos, sino quizá entrar dentro de uno mismo, para cristianizar, evangelizar la propia vida, y luego abrirse a los horizontes más inmediatos, la familia, el trabajo, las relaciones... Que estos días en Lourdes nos ayuden a descubrir mejor y a afirmar el cumplimiento de la misión, la tarea que el Señor nos confía en nuestra vida concreta.

Queridos amigos, todos venimos como peregrinos, buscando y necesitando su mirada de misericordia, su palabra que nos despierte y nos de vida. Le pido al Señor que estos días, vosotros –entre servicios y oraciones-, tengáis tiempo para vivir momentos de paz delante del Señor, mirando a la Virgen y sintiendo su mirada de madre, y escuchéis la invitación de Jesús a seguirle, a ser aquel que Él está esperando que seamos.

Que por misericordia de Dios, sean estos días en Lourdes, días de curación y renovación en la fe. Que sean días, por intercesión de María, de vida. Y si tenéis alguna pena, algo de falta de esperanza, alguna herida, lo dejéis a los pies de la Virgen, y os dejéis curar el corazón, y volváis a casa, gracias al Señor y a la intercesión de la Virgen, renovados, liberados de pesos y penas inútiles, con más luz para seguir a Jesús y poder ir a la misión que nos sigue confiando. Que sean días de servicio, de gracia para enfermos y sanos, de luz para despertar nuestra alegría y esperanza. Así sea.

Homilía en la Misa de Unción de Enfermos

*Lourdes,
8 de julio*

Queridos hermanos: Hemos peregrinado desde nuestras tierras de Orihuela-Alicante para venir a postrarnos a los pies de la Virgen de Lourdes, en la Gruta donde ella se quiso mostrar para acercarse, una vez más, a nuestra Humanidad en sus desamparos y necesidades. Especialmente para mostrar su amor de madre a aquellos hijos que sufren en situación de dolor, de enfermedad.

Por ello creemos que, en nuestra Peregrinación Diocesana, esta Santa Misa en la que nuestros enfermos podrán recibir el Sacramento de la Unción de Enfermos, tiene un significado muy especial, un valor y una centralidad grande y significativa en el corazón mismo de nuestra Peregrinación a Lourdes.

María, toda ella está referida a su Hijo, a Jesús. Y nos conduce a Él y a su voluntad, tal como manifestó en aquellas palabras lapidarias que dirige a los criados en las Bodas de Caná: «Haced lo que Él os diga». Hacer lo que nos dice Jesús es fundamental, es lo que nos pide su madre.

Cuando leemos el Evangelio nos percatamos con claridad de lo que es la actuación de Jesús y de lo que son sus preferencias, podríamos decir sus sentimientos, lo que le nace de lo más profundo de su ser. Y es evidente que le nace la compasión, la misericordia. Lo vemos tantas veces. Así en el Evangelio que acabamos de escuchar (Mt 8, 5-13); acaba de oír la situación de enfermedad y de dolor que le expone el centurión, y vemos la respuesta inmediata de Jesús: «Voy yo a curarlo». Y añadirá, ante la fe grande del centurión, y ante su humildad: «Vuelve a casa, que se cumpla lo que has creído». «Y en aquel momento se puso bueno el criado».

Al igual que entonces, Jesús sigue viniendo en los sacramentos a nuestras vidas. Concretamente en el Sacramento de la Unción de los Enfermos tiene lugar el encuentro entre Cristo y la persona que padece, con quien está afectado o impedido por la enfermedad o por su edad muy avanzada.

Cuando Jesús se dirige a sus discípulos y les dice: «Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, expulsad a los

demonios» (Mt 10,8), les está pidiendo que hagan las mismas obras que Él; fijémonos como en la primera lectura que hemos escuchado, en el Libro de los Hechos (Hch 3, 1-10), hemos visto a los Apóstoles Pedro y Juan ser conscientes de esto y actuar en consecuencia. Pues en el Sacramento de la Unción de los Enfermos no sólo nos encontramos con Jesús sufriente, sino también con la acción –por medio de sus discípulos, de su Iglesia- de Jesús médico que curó a los enfermos.

En el Evangelio de Marcos se describe cómo los discípulos curan a los enfermos: «Expulsaban muchos demonios, ungián con aceite a muchos enfermos y los curaban» (Mc 6,13). Los Santos Padres y el Concilio de Trento parten de este fragmento del Evangelio para explicar el Sacramento de la Unción. Un signo visible que nos da noticia de una realidad, una gracia invisible. El aceite cura, es símbolo de fortaleza espiritual, generador de energía. A la vez, el aceite es símbolo de luz porque es capaz de mantenerla encendida. De esta forma, en el Sacramento de la Unción, el sacerdote es portador de toda esta realidad que viene de Dios, y forma parte de su identidad porque actúa «in persona Christi», como su testigo cualificado y en comunión con toda la Iglesia, ya que el Sacramento –unción con el óleo Santo e imposición de manos- se constituye en acción saludable en su sentido más profundo.

La Iglesia primitiva basaba su comprensión de la Unción de los Enfermos en una exhortación del apóstol Santiago: «Si alguno de vosotros cae enfermo que llame a los presbíteros de la Iglesia para que oren sobre él y lo unjan con el óleo en nombre del Señor» (St 5, 14s). Añadiendo en el v.15: «Si, además, tiene pecados, se le perdonarán». El receptor del Sacramento de la Unción es el enfermo, y no necesariamente un pecador. Pero, si uno pecó, puede tener la confianza en que, por la oración y la unción con el aceite, también recibirá la fuerza reconciliadora de Jesús. Jesús en persona, mediante el sacerdote, extiende su mano sanadora sobre el enfermo y lo acepta incondicionalmente.

Recordemos estas palabras de Jesús: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10). Estas palabras tienen un carácter programático para nosotros, discípulos suyos, para la Iglesia, y pensemos que quien hace esto posible está en la línea de amar como Dios ama. Así dice el Concilio Vaticano II: «Con la unción de los enfermos y con la oración de los presbíteros, toda la Iglesia entera encomienda a los enfermos al Señor sufriente y glorificado para que los alivie y los salve» (LG 11). Fijémonos, pues, en la fórmula de la unción, que dentro

de esta celebración dirán los Sacerdotes sobre los enfermos: «Por esta santa unción, y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo, para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad».

El Sacramento de la Unción de los Enfermos es un don particular del Espíritu Santo, una gracia que reconforta, que da paz y coraje para vencer las dificultades propias de la enfermedad grave o de la fragilidad de la vejez. Por eso, es el sacramento de la esperanza, porque es una nueva proyección de la vida, llamada a ser vivida en cristiano, tanto si es para entregarla a Dios mediante su propio ofrecimiento, como si es para seguir caminando habiendo obtenido la salud.

Termino manifestando una convicción que me ha acompañado en todos mis años de Sacerdote: es sumamente deseable que todos los enfermos puedan recibir la Unción. Es una responsabilidad del propio enfermo, de la familia o personas cristianas más próximas, de los propios sacerdotes, y de la comunidad cristiana. Es una lástima que muchos mueran sin haber recibido los sacramentos porque –«hay que esperar para que no se impresione». Esto se debe evitar, más si, como tratamos desde la diócesis, procuramos todos por una pastoral de enfermos y mayores renovada e intensificada en nuestras parroquias, hospitales y residencias, y la presencia del sacerdote en las casas y en los centros de salud y de mayores se intenta que sea de lo más normal, ayudados por profesionales cristianos y un laicado implicado en un campo de urgente necesidad y de imperiosa caridad.

Todos hemos conocido y conocemos, también, enfermos, profesionales y familias que son ejemplo para toda la comunidad cristiana (incluso para sus vecinos y conocidos) cuando, haciendo caso de lo que dice el apóstol Santiago, llaman al Sacerdote en cualquier circunstancia y a la hora que sea. Benditos sean.

Pidamos al Señor por una conversión de ciertas mentalidades y porque con su gracia impulse una renovada mentalidad y pastoral ilusionada en este campo. Recemos por los que aquí y ahora van a recibir este gran sacramento en esta celebración, junto a la Virgen, para que todos vivamos con fe estos momentos, sintiéndonos agradecidos al Señor por este Sacramento precioso, auténtico don de vida y de esperanza. Así sea.

Eucaristía de acogida de la Comunidad de Canonasa en la Santa Faz

*Alicante,
14 de julio de 2019*

Nos encontramos en este Santuario ciertamente entrañable para los cristianos de Alicante, que durante siglos han hecho buenas las palabras del Salmo recitado en la Misa de este domingo: «Humildes, buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón». Aquí, en Santa Faz, estos muros han sido y son testigos de tantos y tantos hombres y mujeres en búsqueda del Señor, en deseo ardiente de que Él les haga revivir, volver a la vida.

Y para el ser humano que estos días, en estas latitudes, llena de carreteras y costa en busca de descanso y en el fondo de felicidad, le es aplicable la búsqueda sin saberlo del mismo Dios, que a la postre es la clave del sentido de la vida, como bien experimentó vuestro Padre S. Agustín, de que el corazón cuando anda falta de aliento y de razones para vivir, gracias a Dios nuestro Señor, puede volver a la vida, a la vida que vale la pena ser vivida.

A la búsqueda y a las necesidades y dramas del ser humano, Dios ha respondido, sobre todo, enviándonos como gran respuesta y remedio a su propio Hijo. De ahí las palabras solemnes y plenas de verdad de S. Pablo en la segunda lectura que hemos escuchado; sus palabras, en las que nos sigue recordando que «Cristo Jesús es imagen de Dios invisible», aquello mismo que con tanta claridad y sencillez le contestó Jesús a Felipe: «quien me ve a mí, ve al Padre». Y así S. Pablo nos lo califica de «primogénito de toda criatura», «cabeza del cuerpo: de la Iglesia» en quien reside «toda plenitud», y Aquel en quien «quiso reconciliar todas las cosas».

Y en el Evangelio, detrás de la parábola del Buen Samaritano, la Palabra de Dios, tal como ya desde los orígenes ha sido entendida, nos muestra a Dios, en Jesús, compadecido y lleno de misericordia para con nuestra humanidad, maltratada y herida.

Muchas generaciones cristianas han visto en aquel samaritano, al mismo Jesús. Que se rebeló contra la indiferencia del mundo. Contra aquellos que pasan de largo ante quien vive herido y tirado en la cuneta del camino.

Hoy, como entonces o, quizás más, los márgenes de aquel camino se han multiplicado en todos los países. Y alto, muy alto, es el número de los que lo recorren pasando siempre sin mirar y sin detenerse junto al que ha sido asaltado, maltratado, herido y tirado como muerto, como hicieron el sacerdote y el levita de la parábola; Jesús les señaló como gente que se ocupa de las cosas de Dios, para destacar el escándalo de separar el amor de Dios del amor al prójimo.

Cuando nos dejamos dominar por nosotros mismos solo nos sentimos a nosotros, y vivimos sin compasión para los demás. Aquellos dos no se conmovieron, y aquel hombre medio muerto se quedó solo. Pero pasó el samaritano que, en cuanto lo vio tuvo compasión de él; y la compasión de la que habla Jesús no es un sentimiento vago del alma que al final lo deja todo como está; no, la compasión le hace detenerse, bajarse, acercarse, darle los primeros auxilios y transportarlo a la posada que había en las proximidades para así remediar su estado.

El tema es de sangrante actualidad, que la marginación, la soledad y el abandono inundan nuestras geografías. Y cuando lo más cómodo es ignorar, desentenderse, dar un rodeo para no encontrarse con el otro y sus problemas, Dios, constantemente nos sale al encuentro, y nos recuerda que es imposible la pretensión de querer o creer vivir de cara a Dios y de espaldas al prójimo. Ahí, en sus miserias y necesidades, está la brújula que nos marca la posición de Dios.

Él, por boca de Jesús nos dijo y nos sigue diciendo: «tuve hambre» (y no solo de pan sino de amor), «tuve Sed» (y no solo de agua sino de verdad), «estuve desnudo» (y no solo de ropa sino de esperanza), «estuve enfermo» (y no solo corporalmente sino espiritualmente), «estuve preso» (y no solo en cárceles sino en profunda soledad). Y tú, ¿qué?... Quizás preocupado solo por ti y tu perfección o tu bienestar, recorriste el camino de la vida, y perdiste la oportunidad de ser amor, verdad, esperanza, alegría, libertad y compañía para quien te necesita, tus hermanos que están tan a la vista, y, acaso, tan cerca, de ti; en tu misma casa, en tu comunidad.

Hermanos: hemos recordado cómo generaciones cristianas han visto en aquel samaritano bueno, al mismo Jesús. El curó a los que lo necesitaban, tuvo compasión de las muchedumbres vejadas, abatidas y abandonadas como ovejas sin pastor; todo hasta el punto de dar la vida, derramar su sangre para ser vida y salvación del ser humano roto y tirado como un desecho al borde del camino. Y si el Señor Jesús fue

y es el buen samaritano, nosotros somos los posaderos de esta posada a los que se nos confían tantos hermanos medio muertos, agotados y heridos. Cómo nos viene a la mente la imagen del Papa Francisco, de procurar por una Iglesia «hospital de campaña», madre y médica, por tanto, añadimos. Así, a nosotros devotos de la Santa Faz, a la que suplicamos misericordia, se nos pide por coherencia ser, totalmente, misericordiosos. Jesús nos pide, nos confía a aquellos que están en desamparo. Y continua repitiéndonos cada día: «Cuida de él». «Haz tu lo mismo», que el buen samaritano, que es Jesús.

Queridas hermanas, que habéis dejado el Monasterio de la Sangre de Cristo, y nos habéis hecho como cristianos de Alicante la misericordia de que este Monasterio de la Santa Faz estuviera de nuevo habitado por almas consagradas al Señor, que hacen de su vida, oración misericordiosa por los hermanos: Gracias. No sólo por lo que habéis hecho, que es muchísimo y de enorme mérito, sino por lo que hacéis, y que da sentido a vuestra vida ¡seguir siendo el corazón orante de nuestra Iglesia a la Santa Faz, a la misericordia de Dios, a favor de tantos hombres llenos de necesidades, y heridos en el camino de sus vidas.

Vuestra querida hermana Santa Catalina Tomás, llamada a Dios «pare molt bo», su vida, nada fácil, fue densa de una virtud, que es una enorme gracia, la confianza en Dios, Padre bueno. Habéis venido sencillamente, porque os fiais de Dios y sabéis bien de Quien os fiais. Y sabed que tenéis, además, el amor y gratitud de su Iglesia. Así sea.

Bendición de Peregrinos Diocesanos a Compostela

*Parroquia de S. Pablo, Alicante.
19 de julio de 2019*

Deseo iniciar estas palabras del acto de Bendición de los peregrinos que en familia vais a peregrinar a la tumba del apóstol Santiago, en Compostela, expresando mi felicitación por tan loable iniciativa, que parte de las Secretariados diocesanos de Infancia, Juventud, de Música, y de Familia y Vida.

Realizamos esta celebración en fechas bien cercanas a la Fiesta de Santiago, y en una ciudad, Alicante, que en la Basílica de Santa María ha tenido, desde hace siglos, el inicio de uno de los ancestrales caminos que conducían y conducen a Compostela.

En la monición de entrada habéis recordado, en alusión a nuestra constante preocupación por la transmisión de la fe en las familias y en todos los ámbitos, las emblemáticas palabras de S. Juan Pablo II en su peregrinación a Santiago, y que siguen siendo de total y absoluta actualidad: «te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces». Unas palabras que nos animan, también como ciudadanos, a cuidar nuestra identidad cristiana y a transmitirla como riqueza, como un auténtico tesoro. Unas palabras que venían a ser pronunciadas en Santiago de Compostela, meta de un Camino que influyó muchísimo en la creación de la identidad de Europa.

Os animo a revivir personalmente y en familia toda la riqueza que ha significado y significa, y a la vez ofrece, el Camino de Santiago; como ámbito privilegiado para encontrar al Señor en la naturaleza, la historia, el arte; para verle y escucharle en los otros peregrinos, para encontrar, en momentos de andar en silencio, su voz y sus insinuaciones más profundas que, si se lo pedimos con fe, nos pueden curar y reanimar. Todas unas experiencias que se abren ante vosotros iluminadas por su Palabra y sus Sacramentos en los que Él nos visita. Todo un camino de experiencias, que la Providencia os ofrece, y que puede ser la pausa, el respiro que necesitáis para pensar mejor, para sentir de manera más generosa, para recuperar las fuerzas. Y, de este modo, volver a la vida ordinaria, tras la peregrinación a Compostela, con más lucidez y sere-

nidad de espíritu y más cerca de los sentimientos del Señor. Es lo que, especialmente, voy a pedirle al Señor en su bendición a vosotros como peregrinos.

También deseo destacar las palabras que habéis citado, al principio de la celebración, del Papa Francisco en «Christus Vivit»: «Si quieres caminar rápido hazlo solo, pero si quieres llegar lejos, camina acompañado». Al escucharlas me ha venido a la memoria una imagen que escuche a D. Teodoro Úbeda, Obispo que fue de Mallorca, en una homilía en Ontinyent, en la que comparaba la vida con una travesía del desierto. Puedes intentar atravesarlo solo, pero con muchas probabilidades de perecer en el intento, mientras si vas en una caravana, en compañía, las posibilidades de sobrevivir y llegar a la meta son muchas.

En la vida cristiana, vivir en Iglesia, en comunión, en la comunión del Cuerpo místico de Cristo y de los santos, es una de las referencias esenciales de nuestra fe. Además, es de ser sabios, uno de los dones del Espíritu Santo. Por esto, también, os felicito por el acento de familia, eclesial, de comunión que le queréis imprimir a vuestra Peregrinación. Que este acento penetre todo vuestro camino, no sólo encaminándoos a Santiago, sino durante toda vuestra vida.

Verdaderamente muchas cosas se han dicho y escrito acerca del Camino de Santiago, y entre ellas su ser reflejo del vivir mismo del ser humano, del cristianos siempre peregrino hacia la Patria, hacia la meta, hacia el Señor. Que en definitiva, pues, este caminar juntos que vais a vivir como peregrinos hacia Compostela os acerque a Aquel, que como lo hemos oído en el Evangelio de S. Juan, es «el camino, la verdad y la vida». Que el Señor Jesús, cuyo encuentro está en el origen de nuestra fe y cuya visión es meta de nuestra vida, camine con vosotros, al lado de cada uno, para juntos llegar al Pórtico de la Gloria. Así sea.

Eucaristía dominical de S. Nicolás, con motivo de los 20 años de Radio María

21 de julio de 2019

En buena medida, desde lo ofrecido en la Palabra de Dios que hemos escuchado, deberíamos hablar hoy de la hospitalidad. Así en la primera lectura se nos ofrece la historia de cómo Abrahán acoge como huésped a Dios, y en el Evangelio el acogido es Jesús en casa de Marta y de María. Un tema, la hospitalidad, que en nuestra sociedad importa redescubrir urgentemente. Y sobre el que la Escritura no sólo se pronuncia como signo de humanidad, sino que desde el Evangelio se nos presenta como acoger al mismo Cristo que viene a nosotros en el forastero, el peregrino, el necesitado.

Pero además la Palabra nos ofrece hoy, y quizás completando cuanto veíamos el pasado domingo desde la parábola del Buen Samaritano, una afirmación de Jesús que suena tan sólo hoy en todo el conjunto de los tres años, en los tres ciclos litúrgicos.

Tal como acabamos de oír al final del Evangelio de hoy Jesús hace una singular afirmación en el marco de su acogida en casa de sus amigos en Betania, en la mientras María escucha y atiende a la palabra de Jesús,, marta, «muy afanada», toda ocupada, pregunta al Señor si le parece justo que su hermana la deje sola en la tarea. A esto Él le responde con unas palabras que han sido objeto de reflexión y de referencia para los cristianos de todos los tiempos: «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas: solo una es necesaria. María, pues, ha escogido la parte mejor, y no le será quitada».

Palabras que podemos escuchar como pronunciadas para muchos de nosotros, para cada uno de nosotros. Como señalándome que vivo preocupado y agitado por demasiadas cosas, mientras olvido lo verdaderamente importante. Como diciéndonos que demasiados vivimos como Marta, creyendo que hacemos y nos ocupamos de cosas importantes, cuando tantas de ellas son vanidad, realidad pasajera. Jesús ya señaló preguntando quien por mucho afanarse podía añadir un minuto a su vida, y porqué vivir angustiados por el futuro (cf Mt 6, 27-31).

Jesús nos invita a salir de esas dependencias y angustias y de esa depresión vital y nos anima a conocer y estar centrados en adquirir lo único necesario.

¿Y qué es la única cosa verdaderamente importante, esa «parte mejor» que «no le será quitada» a quien la escoge? Es aquello que ha escogido María. ¿Y qué ha escogido María?: escuchar a Jesús; ha escogido a Jesús. y con Jesús ha escogido todo: su Reino, su voluntad, aquello que permanece, el tesoro escondido.

S. Pablo en la segunda lectura apunta a esta parte mejor de la que nos habla el Evangelio: «Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria». Cristo en nosotros, dentro de nosotros, garantía de la gloria, de nuestra victoria final sobre la vanidad y la muerte.

¿Qué decir entonces del celo y el afanarse de Marta? Que en sí no lo descalifica. No olvidemos que leemos este pasaje de Betania –de hoy- del de S. Lucas leído el pasado domingo: el Buen Samaritano. Aquello que no aprueba Jesús, no es su voluntad de servicio, su entrega por ejercer la hospitalidad, sino su dejarse absorber completamente por las tareas; su quizás, sin saber, caer en la búsqueda de sí misma en lo que hacía. Alguien ha dicho que del pasaje de Marta y María la enseñanza es ésta: Que el mejor modo de ser Marta es ser María. Ser también María, añadiría yo: hacer desde el Señor. La escucha atenta de la palabra de Dios, el tener la mirada fija en Jesús, el hábito de la oración y la reflexión, la misma contemplación, purifica la acción, impide buscarse a sí mismo incluso en la caridad a los hermanos, nos mantiene en las prioridades debidas, que a la postre nos dan la paz necesaria para actuar bien. Ser «contemplativos en la acción», hermosa definición del P. Nadal aplicada a S. Ignacio. Vivir las dos dimensiones de la vida cristiana resulta esencial.

María ha escogido «la mejor parte?; ¿y nosotros?, ¿la hemos escogido? O bien somos pobres «Martas». María escuchaba, no sólo con los oídos, sino con el corazón. Debemos aprender esta escucha profunda. Debemos ser, para la palabra de Dios, esa tierra buena de la que habla la parábola del Sembrador.

Marta no había entendido que Jesús había venido a su casa para nutrirla a ella, más que para ser alimentado él, por ello andaba absorbida en las tareas. Es la eterna tentación de dar la primacía a las obras nuestras, a la acción, más que la fe en la obra que es la del Señor, en la acción de Dios. Y ahí, radica mucho la felicidad, la paz.

También en esta asamblea eucarística Jesús viene a nutrarnos, lo ha hecho con su palabra, ahora lo hará con su Cuerpo; acogerlo con alegría y fervor es lo nuestro, porque su misma persona es «la parte mejor», que nadie nos podrá quitar.

Démosle gracias, especialmente por esta Eucaristía, por Radio María, por sus veinte años de servicio; veinte años llevando la Palabra de Jesús, su cercanía y su mensaje, a tantísimos hombres y mujeres. Sin duda su nombre de María, nos conduce siempre a la Madre de Jesús y madre nuestra, a la Virgen. Hoy, además, desde el Evangelio de hoy, le pido al Señor que también nos haga pensar en el servicio de hacer a muchas personas como María, la hermana de Marta, haciéndolas estar a los pies del Señor, alimentándose de su Palabra, y de su amor. Que por muchos años, querida Radio María, así sea.

Eucaristía de las Bodas de Oro de la Parroquia de San Pedro

Playa de San Juan (Alicante)

4 de agosto de 2019

Sin duda es un acontecimiento gozoso el que nos reúne, especialmente hoy, entorno al Señor en esta Eucaristía dominical. El Sr. Cura, D. Antonio, ha realizado un completo recordatorio de personas y de momentos que jalonan la vida de esta comunidad parroquial desde 1969. Me uno a sus sentimientos y a su gratitud hacia quienes ya desde la casa del Padre se hacen presentes y hacia quienes estáis físicamente aquí. Con D. Antonio y vuestra colaboración esta parroquia de S. Pedro, tras 50 años de avatares diversos, es realidad por la gracias de Dios, de la que todos habéis sido cooperadores.

Personalmente agradezco muchísimo poder estar aquí para, en nombre de la diócesis de Orihuela-Alicante, mirar a D. Antonio y, con él a todos vosotros, y decirle: gracias; muchas gracias, porque hablamos de una vida entera -50 años- entregada al Señor, para hacerle presente en un número ingente de personas, en esta parte tan poblada y llena de especial movilidad de nuestra geografía diocesana.

Ha sido muy hermosa y sugerente la imagen que D. Antonio ha utilizado en sus palabras: «La idea original fue recordar un oasis con una tienda de campaña para coger fuerzas. Como todos somos peregrinos y en verano descansamos, posteriormente podemos continuar el viaje para seguir haciendo el Reino de Dios en medio del mundo».

Una imagen que recuerda la usada por S. Juan en el Prólogo e su Evangelio, Dios que planta su tienda en medio de su Pueblo, por medio de la Encarnación de su Hijo, y la imagen de Papa Francisco que prolonga la presencia de Cristo, buen Samaritano que viene a curar y salvar a nuestra Humanidad, y sigue actuando en su Iglesia, «hospital de campaña», encarnada y hecha cercana en sus comunidades –especialmente las parroquias-, para ahí ser oasis, tienda de encuentro con el Señor, que nos cura, nos perdona, nos alimenta y restaura con la Palabra y los Sacramentos; con su misma presencia, con su amor encarnado.

Otra imagen, también hermosa y llena de sugerencias, que se hace patente en diversos momentos de la celebración son las redes. Así en la oración de los fieles, en las ofrendas, y especialmente presentes en el

Evangelio de S. Lucas, que acabamos de escuchar.

La «pesca milagrosa» que se enmarca en el ministerio desarrollado por Jesús en Galilea. Y que tiene –en el texto leído– una primera parte muy destacada: «el gentío se agolpaba sobre Él para oír la Palabra de Dios». Una escena en la que destaca el ansia de la gente por escuchar a Jesús, por oír su enseñanza, y el que se califique lo que son las palabras de Jesús como «Palabra de Dios». Bueno es contemplar ahí el ansia, la necesidad, que seguimos teniendo de lo que Jesús enseña, de forma más o menos consciente por nuestra parte; y que sigue siendo realidad su real enseñanza desde la barca de Pedro, desde la que –como entonces– sigue dando su saber, que orienta y salva, a «la multitud».

Después de hablar, Jesús pide: «Boga mar adentro», y «echad vuestras redes para pescar». Simón Pedro le comunica que nada había pescado, pero que «en tu palabra echaré la red». La obediencia a la palabra de Jesús produce el resultado de una pesca abundante, así Pedro y los demás experimentaron con el Señor, una desconcertante novedad. Por eso reaccionaron como un real descubrimiento de la persona de Jesús, al que llama «Señor», ante el que cae «de rodillas» y ante el que se siente «hombre pecador».

Deseo destacar la seguridad de Pedro, la confianza en Jesús, el Señor. Tanto en el Evangelio: «en tu palabra echaré la red»; como en la lectura primera, de Hechos de los Apóstoles: «En el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y camina», dirá al lisiado, y «lo incorporó».

Nuestros tiempos –no fáciles–, necesitan de nosotros esa fe de Pedro, esa confianza total en Jesús que es clave en su ser creyente. Pidamos por su intercesión esa fe. Que él, titular de esta querida parroquia, siga siendo referencia para vivir y comunicar esa fe, necesaria en esta época.

Eucaristía de súplica y, como decimos de acción de gracias. Que sigáis queriendo, confiando en Jesús como Pedro. Que deis gracias: el Evangelio que procede de Dios como gracia, tal como destaca San Pablo en la segunda lectura, os ha conducido y dado el fruto milagroso de este lugar, sobre todo de esta comunidad, y del servicio a miles de personas que pasaron por este oasis y en esta tienda encontraron la presencia del Señor. Así sea. Gracias.

Solemnidad de la Asunción de la Virgen

*Santa María de Elche
15 de agosto de 2019*

La Iglesia entera celebra hoy que la Virgen María está en cuerpo y alma en el cielo. En el corazón de este caluroso agosto especialmente miramos hacia el cielo siguiendo con nuestra mirada a la Santísima Virgen María, de modo singular en este lugar de la Basílica de Santa María, donde ella y para ella, la *Mare de Deu de l'Assumpció*, se celebra desde hace siglos la *Festa*, el *Misteri d'Elx*. El himno de alabanza que escuchamos en el Evangelio de la misa de hoy alcanza en su Asunción un significado especial: «Porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí», acabamos de oír en sus propios labios en el Magnífica. María, por la singular revelación que mantiene con su Hijo, participa plenamente de su gloria.

El Evangelio de la Visitación nos ha transportado a los días en que «María se puso en camino y fue a prisar a la montaña, a un pueblo de Judá». En aquellos días María corría por Galilea hacia una pequeña población cerca de Jerusalén, para ir a encontrar a su prima Isabel. Hoy la vemos encaminarse hacia la montaña de la Jerusalén celestial, movida por el ansia de estar con su Hijo; ansia de la que el *Misteri* deja constancia en sus primeros compases.

Importa recordar que María, en el viaje de su vida, jamás se separó de su Hijo. Lo vimos con el pequeño Jesús huyendo a Egipto; luego llevándolo, siendo Él adolescente, a Jerusalén, y durante treinta años en Nazaret cada día lo contemplaba guardando todo en su corazón. Luego lo siguió cuando abandonó Galilea para predicar en ciudades y pueblos. Estuvo con Él hasta los pies de la cruz. Y así, con palabra solemne, nos transmite su final el Concilio Vaticano II: «terminado el curso de su vida en la tierra, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria del cielo y enaltecida por Dios como Reina del universo, para ser conformada más plenamente a su Hijo, Señor de los señores y vencedor del pecado y de la muerte» (LG 59).

El Catecismo de la Iglesia Católica nos enseña, desde ahí, que la Asunción de María no sólo «constituye una participación singular en la Resurrección de su Hijo», sino también, «una anticipación de la resu-

rrección de los demás cristianos» (n.966). Es por ello que la celebración de la Asunción de la Virgen no puede ser sólo recuerdo de un misterio que nos atrae y nos maravilla en ella; sino que, además, nos infunde la esperanza de la victoria sobre la muerte, en la seguridad de que también nosotros, unidos a Cristo como su madre, participaremos de su destino. En este sentido, dentro de unos momentos, proclamaremos en el Prefacio: «ella es figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada; ella es consuelo y esperanza de tu pueblo, todavía peregrino en la tierra».

Hoy, la Solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora nos recuerda que somos ciudadanos del cielo, que, como nos enseña San Pablo, «si se destruye esta nuestra morada terrena, tenemos...una morada que no ha sido constituida por manos humanas, es eterna y está en los cielos» (2Cor 5,1).

Hoy, en medio de nuestros días, llenos de ocupaciones y preocupaciones, podemos contemplar nuestro último y definitivo destino: la gloria eterna con la Santísima Trinidad, con María y con todos los ángeles y santos.

Hoy María, precediéndonos en su Asunción en la gloria de la Trinidad –como nos muestran los últimos compases del Misteri- y orientando así nuestra vida hacia la patria definitiva, nos invita a ordenar nuestra existencia en una jerarquía de valores y a vivirla según la advertencia de San Pablo: «buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra» (Col 3, 1-2).

Nuestro camino hacia la patria en el que nos ha precedido María, necesita de la gracia de Dios. Al igual que celebrar y, sobre todo, llevar a la vida lo que nos enseña el Misteri, la Festa de la Asunción y glorificación de Ntra. Sra. Por ello acudimos a ella, desde nuestra necesidad, desde este valle de lágrimas que es, tantas veces, nuestra peregrinación hacia la luz y eterna felicidad a las que ella ha llegado en su Asunción.

En el Evangelio que hemos acogido hoy, vemos como la Virgen nos enseña un amor que es concreto y eficaz. Por eso acude presurosa junto a Isabel. El encuentro de las dos mujeres spona un nuevo momento de gracia y Juan, así, saltó de alegría. Que María nos siga visitando, a cada uno de nosotros a nuestro pueblo d'Elx. El Misteri, la Festa, más allá de su espectacularidad y belleza, es pasión, la pasión de nuestro pueblo por su Madre y patrona. Que María siga bendiciendo y visitando a su pueblo que la ama con pasión, y que la sigue necesitando en cada una

de sus familias, de sus enfermos y necesitados; en cada uno de nosotros para que por su intercesión, por la gracia de su Hijo, no perdamos la orientación en el camino de nuestras vidas y lleguemos a la meta como ella. Así sea.

AGENDA**JULIO**

- 1 Despacha asuntos con colaboradores de la Curia.
- 2 Preside el Consejo Episcopal Permanente. Preside la Misa exequial del Rvdo. D. Manuel Abad Cerdán, en la Basílica de Ntra. Sra. del Socorro de Aspe,
- 3 Preside la Misa exequial del M.I. Rvdo. D. Manuel Marcos Botella, en la Concatedral de San Nicolás de Alicante. Despacha asuntos con colaboradores de la Curia.
- 4 Atiende visitas y despacha asuntos en el Obispado. Se reúne con los responsables de la Escuela de Tiempo Libre «Jaire». Se reúne con equipo de elaboración del Boletín Oficial del Obispado.
- 5 Salida para participar en la LX Peregrinación Diocesana de la Hospitalidad con enfermos a Lourdes. Visita la Basílica de Ntra. Sra. del Pilar, de Zaragoza. Visita la Gruta de las apariciones, en Lourdes.
- 6 Visita los lugares más significativos de Santa Bernardette de Lourdes. Acoge a los grupos de peregrinos de la Diócesis. Preside la Misa de apertura de la Peregrinación Diocesana, en la Iglesia de Santa Bernardette.

- 7D Concelebra en la Misa Internacional, en la Basílica de San Pio X. Se realiza la foto oficial de la Peregrinación, delante de la Basílica. Preside la Procesión Eucarística. Mantiene un encuentro con los sacerdotes y seminaristas de la Peregrinación. Predica en la Oración de los Jóvenes, en la Capilla de San Cosme y San Damián.
- 8 Preside la celebración de la Eucaristía con administración de la Unción de Enfermos en la Iglesia de santa Bernardette. Viaje de regreso a Alicante.
- 9 Recibe audiencias en el Obispado. Preside el Consejo Episcopal Permanente. Atiende asuntos en el Obispado.
- 10 Despacha con colaboradores en la Curia Diocesana. Reunión con la Delegación de Vida Consagrada. Embarca en Denia para participar en la reunión de Obispos de la Provincia Eclesiástica Valentina, en Es Cubells, Ibiza.
- 11 Segunda Jornada de los Obispos de la Provincia Eclesiástica, en

- Es Cubells, Ibiza.
- 12 Finaliza la reunión de la Provincia Eclesiástica en Es Cubells, Ibiza. Regresa a Alicante.
 - 13 Despacha asuntos en el Obispado. Preside la Misa y administra el sacramento de la Confirmación en la parroquia de San Pedro de La Romana.

 - 14 D** Se reúne con colaboradores de la Curia diocesana. Preside la Eucaristía de acogida de la Comunidad de Canonisas en la Santa Faz. Comida con los sacerdotes del arciprestazgo de Elche - II, como final de la Visita Pastoral a dicho arciprestazgo. Preside el responso por el padre del Rvdo. D. Juan Carlos Ferri, en la parroquia de San Pedro de Pinoso.
 - 15 Preside la reunión sobre el Plan Diocesano de Pastoral 2019-2020. Preside la reunión sobre la programación de la Delegación para el Clero. Recibe audiencias en el Obispado. Se reúne con los Obispos eméritos en la Casa Sacerdotal. Atiende asuntos en la Curia diocesana.
 - 16 Preside la Eucaristía de Ntra. Sra. del Carmen, en la Casa Madre de las Carmelitas de Orihuela. Preside la reunión ordinaria del Consejo Episcopal Permanente y posterior comida, en Elche.
 - 17 Preside la Misa solemne de la festividad de las patronas de la ciudad de Orihuela, en la parroquia de las Santas Justa y Rufina. Visita a la comunidad de religiosas «Pro Ecclesia Sancta», del Monasterio de las Salesas de Orihuela. Despacha asuntos en la Curia diocesana.
 - 18 Se reúne con la Junta Mayor de Cofradías y hermandades de Semana Santa de Alicante. Se reúne con colaboradores de la Curia diocesana. Recibe audiencias en el Obispado. Se reúne con la Comisión Diocesana para la Sta. Faz.
 - 19 Atiende asuntos en la Curia diocesana. Visita el Campamento de monaguillos, en el Campamento Diocesano de «La Carrasqueta» (Xixona). Se reúne con los Formadores del Seminario diocesano de Orihuela, en el Campamento Diocesano de «La Carrasqueta». Preside la Celebración del envío del grupo de familias, del Secretariado Diocesano de Familia y Vida, que van a realizar el camino de Santiago este verano, en la parroquia de San Pablo de Alicante.
 - 20 Atiende asuntos en la Curia diocesana. Preside la Misa y admi-

nistra el sacramento de la Confirmación en la parroquia de Ntra. Sra. de las Nieves de Monforte del Cid.

- 21 D** Preside la Eucaristía, en acción de gracias por los 20 años del nacimiento de Radio María en España, en la Concatedral de San Nicolás de Alicante. Atiende asuntos en la Curia diocesana.
- 22 Se reúne con la Comisión Diocesana para la Sta. Faz. Despacha asuntos en el Obispado.
- 23 Despacha asuntos con miembros de la Comisión diocesana de Asuntos Jurídicos. Se reúne con la Comisión Diocesana para la Sta. Faz. Despacha asuntos en el Obispado.
- 24 Recibe audiencias en el Obispado. Se reúne con los responsables diocesanos para los católicos rumanos y ucranianos.
- 25 Atiende la visita de los sacerdotes de las parroquias de Aldaia. Despacha asuntos en el Obispado.
- 26 Recibe audiencias en el Obispado.
- 27 Atiende y despacha asuntos en el Obispado.
- 28 D** Retiro de fin curso.
- 29 Se reúne con colaboradores de la Curia. Preside la Eucaristía, en la parroquia de la Asunción de la Vila Joiosa, con motivo de la festividad de santa Marta patrona de dicha ciudad. Se reúne con el Clero de la Vila Joiosa.
- 30 Despacha asuntos con miembros de la Comisión diocesana de Asuntos Jurídicos. Atiende y despacha asuntos en el Obispado.
- 31 Recibe audiencias en el Obispado. Preside la Eucaristía con la comunidad de Jesuitas de Alicante y se reúne con ellos, en el Colegio la Inmaculada de dicha ciudad. Despacha asuntos en el Obispado.

AGOSTO

- 1 Atiende y despacha asuntos en el Obispado.
- 2 Visita a sacerdotes enfermos y mayores de la Casa Sacerdotal. Atiende y despacha asuntos en Obispado. Atiende y despacha asuntos en la Casa Sacerdotal.
- 3 Atiende y despacha asuntos en la Casa Sacerdotal. Despacha asuntos con colaboradores de la Curia. Asiste a la Alborada de la ciudad de Alicante, con motivo de las Fiestas en honor de Nuestra Señora del Remedio, Patrona de la ciudad, en la plaza del Ayuntamiento.
- 4 D Visita sacerdotes enfermos y mayores en la Casa Sacerdotal. Preside la Eucaristía, en acción de gracias por los 50 años de la parroquia de San Pedro, de Playa de San Juan.
- 5 En el Obispado se reúne con colaboradores de la Curia diocesana. Preside la Eucaristía y posterior procesión, en la Concatedral de San Nicolás de Alicante y calles de la ciudad, con motivo de la fiesta de la Virgen del Remedio, patrona de Alicante.
- 6 Preside la Eucaristía y posterior procesión, en la parroquia de la Anunciación d´Aldaia y calles de la población, con motivo de la fiesta del Cristo dels Nesesitats d´Aldaia; así como la entrega de una reliquia de S. Juan XXIII, con ocasión de sus Bodas de Oro sacerdotales.
- 13 Reunión del patronato del Misteri, en el Ayuntamiento de Elche. En la Casa rectoral de Santa Maria de Elche, despacha asuntos con colaboradores
- 14 Atiende visitas y despacha asuntos en la Curia diocesana. Visita un sacerdote enfermo. Participa en las Vísperas solemnes en la Basílica de Santa María, de Elche. Asiste a la representación del primer acto o «Vespra» del Misteri, en la Basílica de Santa María.
- 15 Preside la procesión del entierro de la Virgen, en Elche. Preside la Eucaristía solemne de la Asunción de la Virgen, en la Basílica de Santa María, de Elche. Participa en las Vísperas solemnes en la Basílica de Santa María, de Elche. Asiste a la representación del segundo acto o «Festa» del Misteri, en la Basílica de Santa María. Acto final de las celebraciones en la Casa de la Festa.

-
- 16 Despacha asuntos en el Obispado.
19 Preside la Misa exequial del M.I. Rvdo. D. Antonio Pamies Andreu,
en la S.I. Catedral de Orihuela.

VICARÍA GENERAL

Elección de arciprestes. Nueva normativa en la elección de arciprestes

En el último Colegio de Arciprestes celebrado el día 20 de mayo pasado se informó de la nueva estructura en la normativa a seguir para el nombramiento de arciprestes en la Diócesis, aprobada en Consejo Episcopal, y que ya deberá aplicarse en la próxima elección prevista para este mismo mes de julio.

Así, se establece que los sacerdotes del arciprestazgo reunidos, procederán del siguiente modo:

1. Se elaborará una terna de nombres designados por votaciones, conforme se ha procedido habitualmente, en conformidad con lo establecido para estos casos en el Canon 119 del actual Código de Derecho Canónico.
2. La terna de los tres sacerdotes más votados se ordenará por orden alfabético, atendiendo al primer apellido, y no, como se ha venido haciendo hasta el momento, por número de votos obtenidos.
3. Se levantará Acta, como es habitual, del acto jurídico realizado, que se guardará en la Cancillería del Obispado.
4. Al Sr. Obispo se hará llegar la terna en el orden que se ha indicado, sin hacer constar en la misma el número de votos obtenidos por cada uno de los tres candidatos. Será el Sr. Obispo el que elegirá, de entre los nombres contenidos en la terna, aquel que desempeñará la función de arcipreste desde el momento de su nombramiento.

Como se puede comprobar, este nuevo modo de proceder responde mejor a la normativa canónica, según la cual, «el arcipreste es nombrado

por el Obispo diocesano, después de oír, según su prudente juicio, a los sacerdotes que ejercen el ministerio en el arciprestazgo de que se trata» (Canon 553. 2), y que viene recogida y concretada en nuestro Directorio diocesano del arciprestazgo y el arcipreste (cf Art. 4. 3). Para una más amplia información en torno al nombramiento y cese del arcipreste, así como al modo general de proceder, remitimos al Art. 4 del citado Directorio, junto con las directrices señaladas por nuestro Obispo Don Jesús en el Boletín de comunicación con los sacerdotes nº 16, del 20 de julio de 2.015.

CALENDARIO DE PARA LA ELECCIÓN DE ARCIPRESTES

Elaboración de la terna: Del 10 al 28 de julio¹.

Remitir el Acta con la terna al Vicario Episcopal antes del 30 de julio.

Nombramiento de arciprestes: el 5 de agosto.

Convivencia de arciprestes: 10 y 11 de septiembre en la Casa de Espiritualidad «D. Diego Hernández» de Elche

Alicante, 5 de julio de 2019

Vicente Martínez Martínez
Vicario General

¹ En el caso de que alguno de los sacerdotes trasladados recientemente no haya tomado aún posesión de su cargo, su derecho al voto lo ejercerá en el arciprestazgo al que haya sido destinado. Los actuales arciprestes se han de encargar de convocarlos en tiempo y forma, facilitando la participación de todos.

CANCILLERÍA

NOMBRAMIENTOS DIOCESANOS

El Sr. Obispo, con fecha 1 de julio de 2019, ha realizado los siguientes nombramientos

SERVICIOS DIOCESANOS:

- M. I. Sr. D. Pedro Luis Vives, Delegado Diocesano de la Delegación de Formación Permanente.
- Rvdo. Sr. D. Bienvenido Moreno Sevilla, Delegado Episcopal para Cáritas Diocesana.
- Rvdo. Sr. D. Ramón Rodríguez Illán, Consiliario Diocesano de CECO.
- Rvdo Sr. Mikel Fernández Uribe, profesor del Teologado Diocesano.
- D. Manuel Antonio Bernabé Belmonte, seminarista, ampliación de estudios en Roma.

VICARÍA I:

- Rvdo. Sr. D. Francisco Isidro Hernández Escamilla, Párroco de Cristo Resucitado y Capellán de las Hermanas Carmelitas Misioneras Teresianas y del Santo Hospital-Residencia La Inmaculada de Torrevieja.
- Rvdo. Sr. D. Estanislao Trives Sánchez, Párroco de N^a S^a del Rosario de Torrelamata, y Administrador parroquial de El Salvador de Torrevieja.
- Rvdo. Sr. D. Manuel Gutiérrez García, párroco de N^a S^a de Belén de Jacarilla.
- Rvdo. Sr. D. Pedro Payá Giménez, Administrador parroquial de San Roque y Santa Ana de Torrevieja.
- D. Francisco Palazón Cubí, seminarista, Año de pastoral en San Jaime de Guardamar.

VICARÍA II:

- Rvdo. Sr. D. Arturo Pastor Jorge, Párroco de La Visitación y Administrador parroquial de Divina Pastora de Alicante.
- Rvdo. Sr. D. Luis Aznar Avendaño, Párroco de San Agustín y Administrador parroquial de Sagrada Familia de Alicante.
- Rvdo. Sr. D. Miguel Riquelme Pomares, Párroco de El Salvador de Muchamiel.
- Rvdo. Sr. D. Víctor Palacios Torres, Párroco de Santa Ana de Campello.
- Rvdo. Sr. D. Juan Conejero Tomás, Párroco de San Pedro de Playa de San Juan.
- Rvdo. Sr. D. Rafael López Pastor, Adscrito a N^a S^a de Gracia de Alicante, y Capellán del hospital de San Juan.

VICARÍA III:

- Rvdo. Sr. D. Joaquín Carlos Carlos, Párroco de N^a S^a de Belén de Crevillente
- Rvdo. Sr. D. Francisco Luis Soler Alós, Párroco de San Agatángelo de Elche, y Capellán del CEU Cardenal Herrera de Elche.
- Rdo. Sr. D. José Antonio Fuentesauco Rodríguez, Vicario parroquial de Santa María de Elche, y Capellán de las Clarisas de Elche.

VICARÍA IV:

- Rvdo. Sr. D. Manuel Llopis Braceli, Párroco de San Juan Bautista de Monóvar, Administrador parroquial de Santa Catalina, de Hondón-Monóvar y de Ntra. Sra. del Remedio de Casas del Señor.
- Rvdo. Sr. D. Harold Mauricio Delgado Gutiérrez, Párroco de San Pedro de Pinoso.
- Rvdo. Sr. D. Godofredo Nadal Sáenz Luna, Vicario parroquial de San Juan Bautista de Monóvar.
- Rvdo. Sr. D. Pedro Ildefonso López Ortiz, Vicario parroquial de San Pedro de Novelda.
- Rvdo. Sr. Mikel Fernández Uribe, Administrador parroquial de San José Obrero, y Vicario parroquial de Santa Ana de Elda.

VICARÍA V:

- Rvdo. Sr. D. Carlos Daniel Mejías, Vicario parroquial de San Jaime y Santa Ana de Benidorm.
- Rvdo. Sr. D. Amador Romero Romero, Adscrito a La Asunción de Villajoyosa.
- Rvdo. Sr. D. Antonio Martínez García, diácono, Adscrito a La Asunción de Villajoyosa.

Nombramientos**El Sr. Obispo ha realizado los siguientes nombramientos:**

- **Con fecha 2 de julio de 2019:** D. Francisco José Cortés Estañ, Hermano Mayor-Presidente de la Hermandad Jesús Triunfante, de Alicante.
- **Con fecha 17 de julio de 2019:** D. Víctor Ruiz Ñeco, Hermano Mayor de la M.I. Penitencial y Franciscana Cofradía del Santísimo Ecce Homo y Ntra. Sra. de la Amargura, y Muy Piadosa Hermandad y Cofradía de Nazarenos de la Santa Redención, de Alicante; D. Ramón Riquelme Sánchez, Hermano Presidente de la Hermandad Penitencial de la Santa Cruz, de Alicante.
- **Con fecha 19 de julio de 2019:** D. José Tomás Esquerdo Nogueras, Presidente de la Cofradía Jesús Triunfante, de Villajoyosa.
- **Con fecha 23 de julio de 2019:** D. Francisco Javier Juárez Sivila, Cofrade Mayor de la Cofradía María Santísima de la Palma, de Elche.
- **Con fecha 28 de julio de 2019:** D. Romualdo Alfaro Jiménez, Presidente de la Venerable Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno y Mujer Verónica de la Santa Faz, de Pilar de la Horadada.
- **Con fecha 31 de julio de 2019:**

ARCIPRESTES

• **Vicaría I:** M.I.D. José Antonio Martínez García, Arcipreste de Orihuela-I; Rvdo. D. Ramón Rodríguez Illán, Arcipreste de Orihuela-II; Rvdo. D. José Antonio García Martínez, Arcipreste de Torrevieja; Rvdo. D. Agustín Pérez Nácher, Arcipreste de Dolores; Rvdo. D. Juan Bautista Samper Sellés, Arcipreste de Callosa de Segura.

• **Vicaría II:** M.I.D. José Luis Úbeda Sierras, Arcipreste de Alicante-I; Rvdo. D. Francisco Bernabé y Alfonso, Arcipreste de Alicante-II; Rvdo. D. José Tomás Marco Rico, Arcipreste de Alicante-III; Rvdo. D. Miguel Ángel Cerezo Saura, Arcipreste de Alicante-IV; Rvdo. D. José Miguel Sánchez Florido, Arcipreste de Alicante-V; Rvdo. D. Juan Conejero Tomás, Arcipreste de Mutxamel.

• **Vicaría III:** Rvdo. D. Ángel Bonavía Albeza, Arcipreste de Elche-I; Rvdo. D. Ángel Macho Ceballos, Arcipreste de Elche-II; Rvdo. D. José María Galant Valero, Arcipreste de Elche-III; Rvdo. D. Carmelo Ramón Rives, Arcipreste de Crevillente; Rvdo. D. Lucas R. Galvañ Ruso, Arcipreste de Santa Pola.

• **Vicaría IV:** Rvdo. D. Juan Agost Agost, Arcipreste de Elda; Rvdo. D. Antonio Alcolea Martínez, Arcipreste de Novelda; Rvdo. D. Eugenio Amorós Silvestre, Arcipreste de Jijona; Rvdo. D. Reyes Rodríguez Rufete, Arcipreste de Villena; Rvdo. D. Manuel Llopis Braceli, Arcipreste de Monóvar.

• **Vicaría V:** Rvdo. D. Pedro Crespo Císcar, Arcipreste de La Vila Joiosa; Rvdo. D. Juan Carlos Ferri Albert, Arcipreste de Callosa d'en Sarrià.

SERVICIOS DIOCESANOS:

M.I.D. Ramón V. Cano Montoya, Director Espiritual de 1º y 2º de Estudios Eclesiásticos; M.I.D. Eloy Martín García, Director del Secretariado de Santuarios, peregrinaciones y piedad popular.

• **Vicaría I:** Rvdo. D. José Francisco Pastor Teruel, Párroco de Nuestra Señora de Belén, de La Aparecida y Administrador parroquial de San Joaquín, de Raiguero de Bonanza.

• **Vicaría II:** Rvdo. D. Santiago Mira Navarro, Párroco de Nuestra Señora del Carmen, de El Rebolledo y Capellán de la Residencia «Virgen del Remedio», de Alicante; Rvdo. D. Néstor I. Zuluaga Zuluaga, Adscrito a la Parroquia de Santa Teresa de Jesús, de El Campello; Rvdo. D. Félix Tormo Fernández, diácono permanente, Adscrito a la Parroquia San Vicente Ferrer, de San Vicente del Raspeig.

• **Vicaría III:** Rvdo. D. Jean Marie Vianney Katabu Kavunga, Capellán del Hospital General de Elche.

• **Vicaría IV:** Rvdo. D. Luis Ricardo Costaguta Jardín, Párroco de San Antonio, de Salinas y Adscrito a la Parroquia de la Inmaculada, de Elda.

Vicaría V: Rvdo. D. Carlos Daniel Mejías, Vicario Parroquial de San Jaime, de Benidorm; Rvdo. D. Manuel de Maya Gea, Adscrito a la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen, de Benidorm.

Ejercicios Espirituales

- **Del 24 al 27 de junio de 2019 en la Casa «Jesús Nazareno», de Córdoba:** Rvdo. D. Antonio Ramón Andreu Aldeguer, Rvdo. D. Antonio Jesús Andújar Birlanga, Rvdo. D. Tomás Bordera Amérigo, Rvdo. D. Guillermo Giner Mataix, Rvdo. D. Alberto Sirvent Carbonell.
- **Del 30 de junio al 5 de julio de 2019 en la Casa de Espiritualidad «Nuestra Señora de los Ángeles», de Jávea:** Rvdo. D. Marcos A. Andreu Valero, Rvdo. D. José Galiana Guerrero y Rvdo. D. Joaquín López Serra.
- **Del 21 al 27 de julio de 2019 en la Abadía Benedictina de la Santa Cruz del Valle de los Caídos (Madrid):** Rvdo. D. Miguel Cano Crespo.

Estatutos

- **El Sr. Obispo, con fecha 30 de julio de 2019,** ha aprobado la reforma de los Estatutos de la Cofradía Nuestra Señora de la Soledad, de Catral.

Decretos

Decreto de Coronación Canónica imagen de la Santísima Virgen

- **Con fecha 22 de julio de 2019** el Sr. Obispo ha firmado el Decreto de coronación canónica de la imagen de la Santísima Virgen, bajo la advocación de Nuestra Señora del Consuelo, Patrona de Altea.

Decreto de cons titución de la Delegación para el Fomento de la Formación Permanente (a)

1618/O-192/2019



JESÚS MURGUI SORIANO

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA

OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE

Como Obispo diocesano de Orihuela-Alicante, teniendo «como compromiso principal predicar el Evangelio a los hombres y hacerlo “invitándoles a creer por la fuerza del Espíritu o confirmándolos en la fe viva» (San Juan Pablo II, *Exhortación apostólica Pastores Gregis*, 26), y «para que tengan una disposición similar cuantos, por su vocación y misión, están llamados a transmitir la fe» (cf. *ibid.* 29),

DECRETO, la constitución de:

la Delegación para el Fomento de la Formación Permanente

Para ello, se incluirá al final del Estatuto de la estructura de nuestra Curia diocesana, indicada en los cánones 469-494 del vigente Código de Derecho Canónico y aprobado el 10 de noviembre de 2000, una «Disposición adicional», en la cual se leerá:

DISPOSICIÓN ADICIONAL

La Delegación para el fomento de la Formación Permanente:

§ 1. Tiene como finalidad cuidar, fomentar y coordinar la formación inicial y permanente de quienes colaboran con el ministerio episcopal en la transmisión y educación de la fe.

§ 2. Su objetivo principal es orientar y ayudar para que la formación permanente sea completa, íntegra y orgánica, en comunión eclesial, de modo que pueda promover tanto sus valores permanentes como responder a los desafíos y retos novedosos que se suscitan en la situación actual.

§ 3. Se ocupa de:

a) indicar los acentos necesarios hoy en formación cristiana para la acción evangelizadora de la Diócesis, diseñando y planificando la formación en la Diócesis que alcance e integre la diversidad de servicios y funciones en torno a la transmisión de la fe y a los objetivos pastorales del Obispo diocesano;

b) vincular los proyectos y las programaciones de formación de las Delegaciones y secretariados pastorales con los Centros académicos o escuelas formativas de la Diócesis para propiciar una mayor eficiencia y excelencia de estos;

Decreto de consitución de la Delegación para el Fomento de la Formación Permanente (b)

c) elaborar materiales y recursos adecuados que ayuden al estudio y la asimilación de los contenidos formativos que se vean convenientes proponer y ofertar.

§ 4. El Obispo nombra libremente al delegado, quien se ha de distinguir por su preparación teológica, pastoral y técnica, por celo pastoral e integridad de vida cristiana.

Dado en Alicante, a 31 de julio de 2019.



Por mandato de S.E. Rvdma.

A blue ink signature of Joaquín López Serra is written over a smaller circular blue ink seal of the Bishopric of Orihuela-Alicante, identical to the one above.

Joaquín López Serra
Canciller-Secretario

Decreto de consitución del Secretariado Diocesano de Santuarios, peregrinaciones y piedad popular

1619/O-193/2019

**JESÚS MURGUI SORIANO**

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA

OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE

Como Obispo diocesano de Orihuela-Alicante, para favorecer una obra común diocesana y coordinar la pastoral que se realiza en los Santuarios como lugares sagrados, de evangelización y caridad, meta de peregrinaciones y expresión privilegiada de piedad popular,

DECRETO, la constitución del

Secretariado diocesano de Santuarios, peregrinaciones y piedad popular

Para ello, se incluirá al final del Estatuto de la estructura de nuestra Curia diocesana, indicada en los cánones 469-494 del vigente Código de Derecho Canónico y aprobado el 10 de noviembre de 2000, una «Disposición adicional», en la cual se leerá:

DISPOSICIÓN ADICIONAL

Secretariado de Santuarios, peregrinaciones y piedad popular:

El Secretariado diocesano de Santuarios, peregrinaciones y piedad popular tiene como finalidad fomentar la pastoral en los Santuarios diocesanos, así como las peregrinaciones y otras expresiones de piedad popular, para que insertados en la Iglesia diocesana produzcan abundantes frutos de santidad como lugares sagrados, de evangelización y de caridad.

Dado en Alicante, a 31 de julio de 2019.



Por mandato de S.E. Rvdma.

Joaquín López Seria
Canciller-Secretario

SANTA SEDE

PAPA FRANCISCO

MENSAJES, MOTU PROPRIO, AUDIENCIAS, DISCURSOS, ÁNGELUS, HOMILÍAS Y PALABRAS

Carta del Santo Padre a los Sacerdotes en el 160° aniversario de la muerte del Cura de Ars (4 de agosto de 2019)

A mis hermanos presbíteros.

Queridos hermanos:

Recordamos los 160 años de la muerte del santo Cura de Ars a quien Pío XI presentó como patrono para todos los párrocos del mundo[1]. En su fiesta quiero escribirles esta carta, no sólo a los párrocos sino también a todos Ustedes hermanos presbíteros que sin hacer ruido «lo dejan todo» para estar empeñados en el día a día de vuestras comunidades. A Ustedes que, como el Cura de Ars, trabajan en la «trinchera», llevan sobre sus espaldas el peso del día y del calor (cf. *Mt* 20,12) y, expuestos a un sinfín de situaciones, «dan la cara» cotidianamente y sin darse tanta importancia, a fin de que el Pueblo de Dios esté cuidado y acompañado. Me dirijo a cada uno de Ustedes que, tantas veces, de manera desapercibida y sacrificada, en el cansancio o la fatiga, la enfermedad o la desolación, asumen la misión como servicio a Dios y a su gente e, incluso con todas las dificultades del camino, escriben las páginas más hermosas de la vida sacerdotal.

Hace un tiempo manifestaba a los obispos italianos la preocupación de que, en no pocas regiones, nuestros sacerdotes se sienten ridiculiza-

dos y «culpabilizados» por crímenes que no cometieron y les decía que ellos necesitan encontrar en su obispo la figura del hermano mayor y el padre que los aliente en estos tiempos difíciles, los estimule y sostenga en el camino[2].

Como hermano mayor y padre también quiero estar cerca, en primer lugar para *agradecerles* en nombre del santo Pueblo fiel de Dios todo lo que recibe de Ustedes y, a su vez, *animarlos* a renovar esas palabras que el Señor pronunció con tanta ternura el día de nuestra ordenación y constituyen la fuente de nuestra alegría: «Ya no los llamo siervos..., yo los llamo amigos» (Jn 15,15)[3].

DOLOR

«He visto la aflicción de mi pueblo» (Ex 3,7).

En estos últimos tiempos hemos podido oír con mayor claridad el grito, tantas veces silencioso y silenciado, de hermanos nuestros, víctimas de abuso de poder, conciencia y sexual por parte de ministros ordenados. Sin lugar a dudas es un tiempo de sufrimiento en la vida de las víctimas que padecieron las diferentes formas de abusos; también para sus familias y para todo el Pueblo de Dios.

Como Ustedes saben estamos firmemente comprometidos con la puesta en marcha de las reformas necesarias para impulsar, desde la raíz, una cultura basada en el cuidado pastoral de manera tal que la cultura del abuso no encuentre espacio para desarrollarse y, menos aún, perpetuarse. No es tarea fácil y de corto plazo, reclama el compromiso de todos. Si en el pasado la omisión pudo transformarse en una forma de respuesta, hoy queremos que la conversión, la transparencia, la sinceridad y solidaridad con las víctimas se convierta en nuestro modo de hacer la historia y nos ayude a estar más atentos ante todo sufrimiento humano[4].

Este dolor no es indiferente tampoco a los presbíteros. Así lo pude constatar en las diferentes visitas pastorales tanto en mi diócesis como en otras donde tuve la oportunidad de mantener encuentros y charlas personales con sacerdotes. Muchos de ellos me manifestaron su indignación por lo sucedido, y también cierta impotencia, ya que además del «desgaste por la entrega han vivido el daño que provoca la sospecha y el cuestionamiento, que en algunos o muchos pudo haber introducido la duda, el miedo y la desconfianza»[5]. Numerosas son las cartas de sacerdotes que comparten este sentir. Por otra parte, consuela encontrar

pastores que, al constatar y conocer el dolor sufriente de las víctimas y del Pueblo de Dios, se movilizan, buscan palabras y caminos de esperanza.

Sin negar y repudiar el daño causado por algunos hermanos nuestros sería injusto no reconocer a tantos sacerdotes que, de manera constante y honesta, entregan todo lo que son y tienen por el bien de los demás (cf. 2 Co 12,15) y llevan adelante una paternidad espiritual capaz de llorar con los que lloran; son innumerables los sacerdotes que hacen de su vida una obra de misericordia en regiones o situaciones tantas veces inhóspitas, alejadas o abandonadas incluso a riesgo de la propia vida. Reconozco y agradezco vuestro valiente y constante ejemplo que, en momentos de turbulencia, vergüenza y dolor, nos manifiesta que Ustedes siguen jugándose con alegría por el Evangelio[6].

Estoy convencido de que, en la medida en que seamos fieles a la voluntad de Dios, los tiempos de purificación eclesial que vivimos nos harán más alegres y sencillos y serán, en un futuro no lejano, muy fecundos. «¡No nos desanimemos! El señor está purificando a su Esposa y nos está convirtiendo a todos a Sí. Nos permite experimentar la prueba para que entendamos que sin Él somos polvo. Nos está salvando de la hipocresía y de la espiritualidad de las apariencias. Está soplando su Espíritu para devolver la belleza a su Esposa sorprendida en flagrante adulterio. Nos hará bien leer hoy el capítulo 16 de Ezequiel. Esa es la historia de la Iglesia. Esa es mi historia, puede decir alguno de nosotros. Y, al final, a través de tu vergüenza, seguirás siendo un pastor. Nuestro humilde arrepentimiento, que permanece en silencio, en lágrimas ante la monstruosidad del pecado y la insondable grandeza del perdón de Dios, es el comienzo renovado de nuestra santidad»[7].

GRATITUD

«Doy gracias sin cesar por Ustedes» (Ef 1,16).

La vocación, más que una elección nuestra, es respuesta a un llamado gratuito del Señor. Es bueno volver una y otra vez sobre esos pasajes evangélicos donde vemos a Jesús rezar, elegir y llamar «para que estén con Él y para enviarlos a predicar» (Mc 3,14).

Quisiera recordar aquí a un gran maestro de vida sacerdotal de mi país natal, el padre Lucio Gera quien, hablando a un grupo de sacerdotes en tiempos de muchas pruebas en América Latina, les decía: «Siempre, pero sobre todo en las pruebas, debemos volver a esos momentos luminosos en que experimentamos el llamado del Señor a consagrar toda

nuestra vida a su servicio». Es lo que me gusta llamar «la memoria deuteronomica de la vocación» que nos permite volver «a ese punto incandescente en el que la gracia de Dios me tocó al comienzo del camino y con esa chispa volver a encender el fuego para el hoy, para cada día y llevar calor y luz a mis hermanos y hermanas. Con esta chispa se enciende una alegría humilde, una alegría que no ofende el dolor y la desesperación, una alegría buena y serena»[8].

Un día pronunciamos un «sí» que nació y creció en el seno de una comunidad cristiana de la mano de esos santos «de la puerta de al lado»[9] que nos mostraron con fe sencilla que valía la pena entregar todo por el Señor y su Reino. Un «sí» cuyo alcance ha tenido y tendrá una trascendencia impensada, que muchas veces no llegaremos a imaginar todo el bien que fue y es capaz de generar. ¡Qué lindo cuando un cura anciano se ve rodeado y visitado por esos pequeños -ya adultos- que bautizó en sus inicios y, con gratitud, le vienen a presentar la familia! Allí descubrimos que fuimos ungidos para ungir y la unción de Dios nunca defrauda y me hace decir con el Apóstol: «Doy gracias sin cesar por Ustedes» (*Ef 1,16*) y por todo el bien que han hecho.

En momentos de tribulación, fragilidad, así como en los de debilidad y manifestación de nuestros límites, cuando la peor de todas las tentaciones es quedarse rumiando la desolación[10] fragmentando la mirada, el juicio y el corazón, en esos momentos es importante -hasta me animaría a decir crucial- no sólo no perder la memoria agradecida del paso del Señor por nuestra vida, la memoria de su mirada misericordiosa que nos invitó a jugárnosla por Él y por su Pueblo, sino también animarse a ponerla en práctica y con el salmista poder armar nuestro propio canto de alabanza porque «eterna es su misericordia» (*Sal 135*).

El agradecimiento siempre es un «arma poderosa». Sólo si somos capaces de contemplar y agradecer concretamente todos los gestos de amor, generosidad, solidaridad y confianza, así como de perdón, paciencia, aguante y compasión con los que fuimos tratados, dejaremos al Espíritu regalarnos ese aire fresco capaz de renovar (y no emparchar) nuestra vida y misión. Dejemos que, al igual que Pedro en la mañana de la «pesca milagrosa», el constatar tanto bien recibido nos haga despertar la capacidad de asombro y gratitud que nos lleve a decir: «Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador» (*Lc 5,8*) y, escuchemos una vez más de boca del Señor su llamado: «No temas, de ahora en adelante serás pescador de hombres» (*Lc 5,10*); porque «eterna es su misericordia».

Hermanos, gracias por vuestra fidelidad a los compromisos contraídos. Es todo un signo que, en una sociedad y una cultura que convirtió «lo gaseoso» en valor, existan personas que apuesten y busquen asumir compromisos que exigen toda la vida. Sustancialmente estamos diciendo que seguimos creyendo en Dios que jamás ha quebrantado su alianza, inclusive cuando nosotros la hemos quebrantado incontablemente. Esto nos invita a celebrar la fidelidad de Dios que no deja de confiar, creer y apostar a pesar de nuestros límites y pecados, y nos invita a hacer lo mismo. Conscientes de llevar un tesoro en vasijas de barro (cf. 2 Co 4,7), sabemos que el Señor triunfa en la debilidad (cf. 2 Co 12,9), no deja de sostenernos y llamarnos, dándonos el ciento por uno (cf. Mc 10,29-30) porque «eterna es su misericordia».

Gracias por la alegría con la que han sabido entregar sus vidas, mostrando un corazón que con los años luchó y lucha para no volverse estrecho y amargo y ser, por el contrario, cotidianamente ensanchado por el amor a Dios y a su pueblo; un corazón que, como al buen vino, el tiempo no lo ha agriado, sino que le dio una calidad cada vez más exquisita; porque «eterna es su misericordia».

Gracias por buscar fortalecer los vínculos de fraternidad y amistad en el presbiterio y con vuestro obispo, sosteniéndose mutuamente, cuidando al que está enfermo, buscando al que se aísla, animando y aprendiendo la sabiduría del anciano, compartiendo los bienes, sabiendo reír y llorar juntos, ¡cuán necesarios son estos espacios! E inclusive siendo constantes y perseverantes cuando tuvieron que asumir alguna misión áspera o impulsar a algún hermano a asumir sus responsabilidades; porque «eterna es su misericordia».

Gracias por el testimonio de perseverancia y «aguante» (*hypomoné*) en la entrega pastoral que tantas veces, movidos por la *parresía* del pastor[11], nos lleva a luchar con el Señor en la oración, como Moisés en aquella valiente y hasta riesgosa intercesión por el pueblo (cf. Nm 14,13-19; Ex 32,30-32; Dt 9,18-21); porque «eterna es su misericordia».

Gracias por celebrar diariamente la Eucaristía y apacentar con misericordia en el sacramento de la reconciliación, sin rigorismos ni laxismos, haciéndose cargo de las personas y acompañándolas en el camino de conversión hacia la vida nueva que el Señor nos regala a todos. Sabemos que por los escalones de la misericordia podemos llegar hasta lo más bajo de nuestra condición humana -fragilidad y pecados incluidos- y, en el mismo instante, experimentar lo más alto de la perfección divina:

«Sean misericordiosos como el Padre es misericordioso»[12]. Y así ser «capaces de caldear el corazón de las personas, de caminar con ellas en la noche, de saber dialogar e incluso descender a su noche y su oscuridad sin perderse»[13]; porque «eterna es su misericordia».

Gracias por ungir y anunciar a todos, con ardor, «a tiempo y a destiempo» el Evangelio de Jesucristo (cf. *2 Tm* 4,2), sondeando el corazón de la propia comunidad «para buscar dónde está vivo y ardiente el deseo de Dios y también dónde ese diálogo, que era amoroso, fue sofocado o no pudo dar fruto»[14]; porque «eterna es su misericordia».

Gracias por las veces en que, dejándose conmover en las entrañas, han acogido a los caídos, curado sus heridas, dando calor a sus corazones, mostrando ternura y compasión como el samaritano de la parábola (cf. *Lc* 10,25-37). Nada urge tanto como esto: proximidad, cercanía, hacernos cercanos a la carne del hermano sufriente. ¡Cuánto bien hace el ejemplo de un sacerdote que se acerca y no le huye a las heridas de sus hermanos![15]. Reflejo del corazón del pastor que aprendió el gusto espiritual de sentirse uno con su pueblo[16]; que no se olvida que salió de él y que sólo en su servicio encontrará y podrá desplegar su más pura y plena identidad, que le hace desarrollar un estilo de vida austera y sencilla, sin aceptar privilegios que no tienen sabor a Evangelio; porque «eterna es su misericordia».

Gracias demos, también por la santidad del Pueblo fiel de Dios que somos invitados a apacentar y, a través del cual, el Señor también nos apacienta y cuida con el regalo de poder contemplar a ese pueblo en esos «padres que cuidan con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante»[17]. Agradecemos por cada uno de ellos y dejémonos socorrer y estimular por su testimonio; porque «eterna es su misericordia».

ÁNIMO

«Mi deseo es que se sientan animados» (*Col* 2,2).

Mi segundo gran deseo, haciéndome eco de las palabras de san Pablo, es acompañarlos a renovar nuestro ánimo sacerdotal, fruto ante todo de la acción del Espíritu Santo en nuestras vidas. Frente a experiencias dolorosas todos tenemos necesidad de consuelo y de ánimo. La misión a la que fuimos llamados no entraña ser inmunes al sufrimiento, al dolor

e inclusive a la incompreensión[18]; al contrario, nos pide mirarlos de frente y asumirlos para dejar que el Señor los transforme y nos configure más a Él. «En el fondo, la falta de un reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites es lo que impide a la gracia actuar mejor en nosotros, ya que no le deja espacio para provocar ese bien posible que se integra en un camino sincero y real de crecimiento»[19].

Un buen «test» para conocer como está nuestro corazón de pastor es preguntarnos cómo enfrentamos el dolor. Muchas veces se puede actuar como el levita o el sacerdote de la parábola que dan un rodeo e ignoran al hombre caído (cf. *Lc 10,31-32*). Otros se acercan mal, lo intelectualizan refugiándose en lugares comunes: «la vida es así», «no se puede hacer nada», dando lugar al fatalismo y la desazón; o se acercan con una mirada de preferencias selectivas que lo único que genera es aislamiento y exclusión. «Como el profeta Jonás siempre llevamos latente la tentación de huir a un lugar seguro que puede tener muchos nombres: individualismo, espiritualismo, encerramiento en pequeños mundos...»[20], los cuales lejos de hacer que nuestras entrañas se conmuevan terminan apartándonos de las heridas propias, de las de los demás y, por tanto, de las llagas de Jesús[21].

En esta misma línea quisiera señalar otra actitud sutil y peligrosa que, como le gustaba decir a Bernanos, es «el máspreciado de los elixires del demonio»[22] y la más nociva para quienes queremos servir al Señor porque siembra desaliento, orfandad y conduce a la desesperación[23]. Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o con nosotros mismos, podemos vivir la tentación de apegarnos a una *tristeza dulzona*, que los padres de Oriente llamaban *acedia*. El card. Tomáš Špidlík decía: «Si nos asalta la tristeza por cómo es la vida, por la compañía de los otros, porque estamos solos... entonces es porque tenemos una falta de fe en la Providencia de Dios y en su obra. La tristeza [...] paraliza el ánimo de continuar con el trabajo, con la oración, nos hace antipáticos para los que viven junto a nosotros. Los monjes, que dedican una larga descripción a este vicio, lo llaman el peor enemigo de la vida espiritual»[24].

Conocemos esa tristeza que lleva al acostumbramiento y conduce paulatinamente a la naturalización del mal y a la injusticia con el tenue susurrar del «siempre se hizo así». Tristeza que vuelve estéril todo intento de transformación y conversión propagando resentimiento y animosidad. «Ésa no es la opción de una vida digna y plena, ése no es el deseo de Dios para nosotros, ésa no es la vida en el Espíritu que

brotó del corazón de Cristo Resucitado»[25] y para la que fuimos llamados. Hermanos, cuando esa *tristeza dulzona* amenace con adueñarse de nuestra vida o de nuestra comunidad, sin asustarnos ni preocuparnos, pero con determinación, pidamos y hagamos pedir al Espíritu que «venga a despertarnos, a pegarnos un sacudón en nuestra modorra, a liberarnos de la inercia. Desafíemos las costumbres, abramos bien los ojos, los oídos y sobre todo el corazón, para dejarnos descolocar por lo que sucede a nuestro alrededor y por el grito de la Palabra viva y eficaz del Resucitado»[26].

Permítanme repetirlo, todos necesitamos del consuelo y la fortaleza de Dios y de los hermanos en los tiempos difíciles. A todos nos sirven aquellas sentidas palabras de san Pablo a sus comunidades: «Les pido, por tanto, que no se desanimen a causa de las tribulaciones» (*Ef 3,13*); «Mi deseo es que se sientan animados» (*Col 2,2*), y así poder llevar adelante la misión que cada mañana el Señor nos regala: transmitir «una buena noticia, una alegría para todo el pueblo» (*Lc 2,10*). Pero, eso sí, no ya como teoría o conocimiento intelectual o moral de lo que debería ser, sino como hombres que en medio del dolor fueron transformados y transfigurados por el Señor, y como Job llegan a exclamar: «Yo te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos» (42,5). Sin esta experiencia fundante, todos nuestros esfuerzos nos llevarán por el camino de la frustración y el desencanto.

A lo largo de nuestra vida, hemos podido contemplar como «con Jesucristo siempre nace y renace la alegría»[27]. Si bien existen distintas etapas en esta vivencia, sabemos que más allá de nuestras fragilidades y pecados Dios siempre «nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría»[28]. Esa alegría no nace de nuestros esfuerzos voluntaristas o intelectualistas sino de la confianza de saber que siguen actuantes las palabras de Jesús a Pedro: en el momento que seas zarandeado, no te olvides que «yo mismo he rogado por ti, para que no te falte la fe» (*Lc 22,32*). El Señor es el primero en rezar y en luchar por vos y por mí. Y nos invita a entrar de lleno en su oración. Inclusive pueden llegar momentos en los que tengamos que sumergirnos en «la oración de Getsemaní, la más humana y la más dramática de las plegarias de Jesús [...]. Hay súplica, tristeza, angustia, casi una desorientación (*Mc 14,33s.*)»[29].

Sabemos que no es fácil permanecer delante del Señor dejando que

su mirada recorra nuestra vida, sane nuestro corazón herido y lave nuestros pies impregnados de la mundanidad que se adhirió en el camino e impide caminar. En la oración experimentamos nuestra bendita precariedad que nos recuerda que somos discípulos necesitados del auxilio del Señor y nos libera de esa tendencia «prometeica de quienes en el fondo sólo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas»[30].

Hermanos, Jesús más que nadie, conoce nuestros esfuerzos y logros, así como también los fracasos y desaciertos. Él es el primero en decirnos: «Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré. Carguen sobre Ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrar alivio» (Mt 11,28-29).

En una oración así sabemos que nunca estamos solos. La oración del pastor es una oración habitada tanto por el Espíritu «que clama a Dios llamándolo ¡Abba!, es decir, ¡Padre!» (Ga 4,6) como por el pueblo que le fue confiado. Nuestra misión e identidad se entienden desde esta doble vinculación.

La oración del pastor se nutre y encarna en el corazón del Pueblo de Dios. Lleva las marcas de las heridas y alegrías de su gente a la que presenta desde el silencio al Señor para que las unja con el don del Espíritu Santo. Es la esperanza del pastor que confía y lucha para que el Señor cure nuestra fragilidad, la personal y la de nuestros pueblos. Pero no perdamos de vista que precisamente en la oración del Pueblo de Dios es donde se encarna y encuentra lugar el corazón del pastor. Esto nos libra a todos de buscar o querer respuestas fáciles, rápidas y prefabricadas, permitiéndole al Señor que sea Él (y no nuestras recetas y prioridades) quien muestre un camino de esperanza. No perdamos de vista que, en los momentos más difíciles de la comunidad primitiva, tal como leemos en el libro de los Hechos de los Apóstoles, la oración se constituyó en la verdadera protagonista.

Hermanos, reconozcamos nuestra fragilidad, sí; pero dejemos que Jesús la transforme y nos lance una y otra vez a la misión. No nos perdamos la alegría de sentirnos «ovejas», de saber que él es nuestro Señor y Pastor.

Para mantener animado el corazón es necesario no descuidar estas dos vinculaciones constitutivas de nuestra identidad: la primera, con Jesús. Cada vez que nos desvinculamos de Jesús o descuidamos la relación con Él, poco a poco nuestra entrega se va secando y nuestras

lámparas se quedan sin el aceite capaz de iluminar la vida (cf. *Mt* 25,1-13): «Así como el sarmiento no puede dar fruto si no permanece en la vid, tampoco Ustedes, si no permanecen en mí. Permanezcan en mi amor (...) porque separados de mí, nada pueden hacer» (*Jn* 15,4-5). En este sentido, quisiera animarlos a no descuidar el acompañamiento espiritual, teniendo a algún hermano con quien charlar, confrontar, discutir y discernir en plena confianza y transparencia el propio camino; un hermano sapiente con quien hacer la experiencia de saberse discípulos. Búsquenlo, encuéntralo y disfruten de la alegría de dejarse cuidar, acompañar y aconsejar. Es una ayuda insustituible para poder vivir el ministerio haciendo la voluntad del Padre (cf. *Hb* 10,9) y dejar al corazón latir con «los mismos sentimientos de Cristo» (*Flp* 2,5). Qué bien nos hacen las palabras del Eclesiastés: «Valen más dos juntos que uno solo... si caen, uno levanta a su compañero, pero ¡pobre del que está solo y se cae, sin tener nadie que lo levante!» (4,9-10).

La otra vinculación constitutiva: acrecienten y alimenten el vínculo con vuestro pueblo. No se aíslen de su gente y de los presbiterios o comunidades. Menos aún se enclaustran en grupos cerrados y elitistas. Esto, en el fondo, asfixia y envenena el alma. Un ministro animado es un ministro siempre en salida; y «estar en salida» nos lleva a caminar «a veces delante, a veces en medio y a veces detrás: delante, para guiar a la comunidad; en medio, para mejor comprenderla, alentarla y sostenerla; detrás, para mantenerla unida y que nadie se quede demasiado atrás... y también por otra razón: porque el pueblo tiene «olfato». Tiene olfato en encontrar nuevas sendas para el camino, tiene el «*sensus fidei*» [cf. *LG* 12]. ¿Hay algo más bello?»[31]. Jesús mismo es el modelo de esta opción evangelizadora que nos introduce en el corazón del pueblo. ¡Qué bien nos hace mirarlo cercano a todos! La entrega de Jesús en la cruz no es más que la culminación de ese estilo evangelizador que marcó toda su existencia.

Hermanos, el dolor de tantas víctimas, el dolor del Pueblo de Dios, así como el nuestro propio no puede ser en vano. Es Jesús mismo quien carga todo este peso en su cruz y nos invita a renovar nuestra misión para estar cerca de los que sufren, para estar, sin vergüenzas, cerca de las miserias humanas y, por qué no, vivirlas como propias para hacerlas eucaristía[32]. Nuestro tiempo, marcado por viejas y nuevas heridas necesita que seamos artesanos de relación y de comunión, abiertos, confiados y expectantes de la novedad que el Reino de Dios quiere sus-

citar hoy. Un Reino de pecadores perdonados invitados a testimoniar la siempre viva y actuante compasión del Señor; «porque eterna es su misericordia».

ALABANZA

«**Proclama mi alma la grandeza del Señor**» (Lc 1,46).

Es imposible hablar de gratitud y ánimo sin contemplar a María. Ella, mujer de corazón traspasado (cf. Lc 2,35), nos enseña la alabanza capaz de abrir la mirada al futuro y devolver la esperanza al presente. Toda su vida quedó condensada en su canto de alabanza (cf. Lc 1,46-55) que también somos invitados a entonar como promesa de plenitud.

Cada vez que voy a un Santuario Mariano, me gusta «ganar tiempo» mirando y dejándome mirar por la Madre, pidiendo la confianza del niño, del pobre y del sencillo que sabe que ahí esta su Madre y es capaz de mendigar un lugar en su regazo. Y en ese estar mirándola, escuchar una vez más como el indio Juan Diego: «¿Qué hay hijo mío el más pequeño?, ¿qué entristece tu corazón? ¿Acaso no estoy yo aquí, yo que tengo el honor de ser tu madre?»[33].

Mirar a María es volver «a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes»[34].

Si alguna vez, la mirada comienza a endurecerse, o sentimos que la fuerza seductora de la apatía o la desolación quiere arraigar y apoderarse del corazón; si el gusto por sentirnos parte viva e integrante del Pueblo de Dios comienza a incomodar y nos percibimos empujados hacia una actitud elitista... no tengamos miedo de contemplar a María y entonar su canto de alabanza.

Si alguna vez nos sentimos tentados de aislarnos y encerrarnos en nosotros mismos y en nuestros proyectos protegiéndonos de los caminos siempre polvorientos de la historia, o si el lamento, la queja, la crítica o la ironía se adueñan de nuestro accionar sin ganas de luchar, de esperar y de amar... miremos a María para que limpie nuestra mirada de toda «pelusa» que puede estar impidiéndonos ser atentos y despiertos para contemplar y celebrar a Cristo que Vive en medio de su Pueblo. Y si vemos que no logramos caminar derecho, que nos cuesta mantener los propósitos de conversión, digámosle como le suplicaba, casi con complicidad, ese gran párroco, poeta también, de mi anterior

diócesis: «Esta tarde, Señora / la promesa es sincera; / por las dudas no olvides / dejar la llave afuera»[35]. «Ella es la amiga siempre atenta para que no falte vino en nuestras vidas. Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Como madre de todos, es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolor de parto hasta que brote la justicia... como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del Amor de Dios»[36].

Hermanos, una vez más, «doy gracias sin cesar por Ustedes» (Ef 1,16) por vuestra entrega y misión con la confianza que «Dios quita las piedras más duras, contra las que se estrellan las esperanzas y las expectativas: la muerte, el pecado, el miedo, la mundanidad. La historia humana no termina ante una piedra sepulcral, porque hoy descubre la «piedra viva» (cf. 1 P 2,4): Jesús resucitado. Nosotros, como Iglesia, estamos fundados en Él, e incluso cuando nos desanimamos, cuando sentimos la tentación de juzgarlo todo en base a nuestros fracasos, Él viene para hacerlo todo nuevo»[37].

Dejemos que sea la gratitud lo que despierte la alabanza y nos anime una vez más en la misión de ungir a nuestros hermanos en la esperanza. A ser hombres que testimonien con su vida la compasión y misericordia que sólo Jesús nos puede regalar.

Que el Señor Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Y, por favor, les pido que no se olviden de rezar por mí.

Fraternalmente,

Francisco

Roma, junto a San Juan de Letrán, 4 de agosto de 2019.

Memoria litúrgica del santo Cura de Ars.

NOTAS:

[1] Carta ap. *Anno Iubilari: AAS* 21 (1929), 313.

[2] Conferencia Episcopal Italiana (20 mayo 2019). La paternidad espiritual que impulsa al Obispo a no dejar huérfanos a sus presbíteros, y se puede «palpar» no sólo en la capacidad que estos tengan de tener abiertas sus puertas para todos sus curas sino en ir a buscarlos para cuidar y acompañar.

[3] Cf. S. Juan XXIII, Carta enc. *Sacerdotii nostri primordia*, en el I centenario del tránsito del santo Cura de Ars (1 agosto 1959).

[4] Cf. *Carta al Pueblo de Dios* (20 agosto 2018).

[5] *Encuentro con los sacerdotes, religiosos/as, consagrados/as y seminaristas*, Santiago de Chile (16 enero 2018).

[6] Cf. *Carta al Pueblo de Dios que peregrina en Chile* (31 mayo 2018).

[7] *Encuentro con los sacerdotes de la Diócesis de Roma* (7 marzo 2019).

[8] *Homilía en la Vigilia Pascual* (19 abril 2014).

[9] *Gaudete et Exsultate*, 7.

[10] Cf. J. M. Bergoglio, *Las cartas de la tribulación*, Herder 2019, p. 21.

[11] Cf. *Encuentro con los sacerdotes de la Diócesis de Roma* (6 marzo 2014).

[12] *Retiro con ocasión del Jubileo de los Sacerdotes, Primera Meditación* (2 junio 2016).

[13] A. Spadaro, *Entrevista a Papa Francisco*, «La Civiltà Cattolica» 3918 (19 settembre 2013), 462.

[14] *Evangelii Gaudium*, 137.

-
- [15] Cf. *Encuentro con los sacerdotes de la Diócesis de Roma* (6 marzo 2014).
- [16] Cf. *Evangelii Gaudium*, 268.
- [17] *Gaudete et Exsultate*, 7.
- [18] Cf. *Misericordia et Misera*, 13.
- [19] *Gaudete et Exsultate*, 50.
- [20] *Gaudete et Exsultate*, 134.
- [21] Cf. J. M. Bergoglio, *Reflexiones en esperanza*, LEV 2013, p. 14.
- [22] *Journal d'un curé de campagne*, 135. Cf. *Evangelii Gaudium*, 83.
- [23] Cf. Barsanufio, *Cartas*; en V. Cutro – M. T. Szwemin, *Bisogno di paternità*, Varsavia 2018, p. 124.
- [24] Cf. *El arte de purificar el corazón*, Monte Carmelo 2003, p. 60.
- [25] *Evangelii Gaudium*, 2.
- [26] *Gaudete et Exsultate*, 137.
- [27] *Evangelii Gaudium*, 1.
- [28] *Ibíd.*, 3.
- [29] J. M. Bergoglio, *Reflexiones en esperanza*, LEV 2013, p. 26.
- [30] *Evangelii Gaudium*, 94.
- [31] *Encuentro con el clero, personas de vida consagrada y miembros de consejos pastorales*, Asís (4 octubre 2013).
- [32] Cf. *Evangelii Gaudium*, 268-270.

[33] Cf. *Nican Mopohua*, 107, 118, 119.

[34] *Evangelii Gaudium*, 288.

[35] Cf. A. L. Calori, *Aula Fúlgida*, Buenos Aires 1946.

[36] *Evangelii Gaudium*, 286.

[37] *Homilía en la Vigilia Pascual* (20 abril 2019).

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

7 de julio, Jornada de Responsabilidad en el Tráfico

Fiesta de San Cristóbal, patrono de los conductores

7 de julio de 2019

«*No hagas a nadie lo que tú aborreces*» (Tob 4, 15)

Queridos hermanos y amigos conductores:

En plenas vacaciones veraniegas, con sus masivos desplazamientos, un año más, y ya son cincuenta y uno, desde el Departamento de Pastoral de la Carretera de la Conferencia Episcopal Española, con motivo de la Jornada de Responsabilidad en el Tráfico, os hacemos llegar nuestro cordial saludo a todos los que estáis relacionados con la movilidad humana: camioneros, transportistas, taxistas, conductores de autobuses, de autocares, de ambulancias, bomberos, Guardia Civil y policía de tráfico, cofradías de san Cristóbal, asociaciones de transportistas...

También saludamos muy cordialmente a todas las personas que cada día pasáis buena parte del tiempo al volante por razones de trabajo, necesidad o porque estáis de vacaciones. Asimismo saludamos a los motoristas, ciclistas, usuarios de los patinetes y peatones que, de una u otra manera, hacéis uso de las vías públicas. Sobre cada uno de vosotros, imploramos del Señor la paz, la alegría y su bendición.

No hagas a nadie lo que tú aborreces

«No hagas a nadie lo que tú aborreces» es el lema de la Jornada de Responsabilidad en el Tráfico 2019 que nos disponemos a celebrar el próximo día 7 de julio.

El lema, inmediatamente, nos recuerda las palabras de Jesús en el evangelio de san Lucas (Lc 6, 27-38) cuando, después de darnos unos buenos consejos sobre amar y hacer el bien a todos, incluso a los enemigos, dice: «Y como queréis que la gente se porte con vosotros, de igual

manera portaos con ella» (Lc 6, 31).

Si cuando tomamos el volante entre las manos tuviéramos presentes estas palabras de Jesús y nos las aplicásemos a nosotros mismos, seguramente que nuestro comportamiento como conductor o peatón cambiaría mucho.

Y es que «los demás conductores no son un obstáculo o adversario que hay que superar», sino hermanos y personas, que al igual que yo, están haciendo su camino con el firme propósito de llegar felizmente a su destino y a las que debo respetar como me gusta que los demás me respeten a mí. Es más, Jesús va un poco más lejos y nos dice: «Todo lo que queráis que haga la gente con vosotros, hacedlo vosotros con ella» (Mt 7, 12). Todos constatamos lo difícil e incómodo que puede resultar a veces a los peatones compartir la acera con los patinetes y demás modernos artilugios.

El lema de este año, «No hagas a nadie lo que tú aborreces» (Tob 4, 15), lo hemos tomado del bonito libro bíblico de Tobías, que encontramos en el Antiguo Testamento y que bien merece nuestra atenta lectura.

Pon cuidado en toda tu conducta

Tobit da una serie de buenos consejos a su hijo Tobías, que debe emprender un largo viaje para que se comporte dignamente ante Dios y ante los hombres. Se trata de consejos prácticos que tienen plena vigencia en nuestros días, como el amor a los padres y a la familia, rezarle todos los días al Señor y cumplir sus mandamientos; ir por el buen camino, socorrer al pobre según tus posibilidades, huir de la fornicación y formar una familia como Dios manda (cf. Tob 4, 1-21).

Le recomienda huir de la soberbia y de la pereza como madre de la pobreza, y dar a cada cual lo que le corresponde. En este contexto, continúa diciendo Tobit: «Si sirves a Dios en verdad, él te recompensará. Pon cuidado, hijo, en toda tu conducta, compórtate con educación. No hagas a nadie lo que tú aborreces. No bebas con exceso, no te aficiones a la embriaguez» (Tob 4, 14-15).

Si estos consejos de Tobit los hiciéramos propios los conductores ya lo creo que cambiaría, y mucho, nuestra forma de conducir y comportamiento. Si somos personas de fe, no puede faltar en nuestro vehículo un momento de oración y gratitud a Dios para que «oriente tu conducta» (Tob 4, 19), así como el respeto a sus santos mandamientos, con especial hincapié en el quinto: no matarás. «La vida humana dice el *Catecismo de*

la Iglesia Católica, ha de ser tenida por sagrada (...); solo Dios es Señor de la vida».

Porque amo a la familia, vaya o no conmigo en el vehículo, conduzco con prudencia y responsabilidad, porque «para incrementar la seguridad no bastan las sanciones, sino que se necesita una acción educativa que conciencie más sobre las responsabilidades que se tienen sobre quienes viajan al lado».

Porque debo ser educado y comportarme bien, procuro ser humilde y no hacer a nadie aquello que yo aborrezco, como puede ser conducir con soberbia, arrogancia y prepotencia, saltándome las normas de tráfico poniendo en grave peligro mi vida y la de los demás, y debo saber que «causar la muerte a un ser humano es gravemente contrario a la dignidad de la persona y a la santidad del Creador».

Porque soy responsable, evito la bebida, las drogas y todo aquello que puede hacer que mi camino y el de los demás conductores no sea seguro y termine en accidente y muerte. No podemos olvidar que «la vida y la salud física son bienes preciosos confiados por Dios: debemos cuidar de ellos racionalmente teniendo en cuenta las necesidades de los demás y el bien común».

Lejos de sentirse abrumado por tantos consejos, Tobías responde a su padre: «Padre, haré todo lo que me mandas» (*Tob 5, 1*).

El cumplimiento de las normas de tráfico no son optativas

Pero lamentablemente constatamos aún hoy día la poca responsabilidad de algunos conductores que se ponen en camino después de haber bebido alcohol o tomado otras drogas, como una y otra vez vemos en los controles de la DGT.

Para los conductores, el cumplimiento de las normas de tráfico no son optativas, que podamos o no cumplir; nos obligan moralmente a todos por igual, y solamente cumpliendo todas las normas de circulación en nuestras calles y carreteras podremos tener una movilidad segura. Va más allá que el temor a la sanción o pérdida de puntos.

Sin lugar a duda, en el libro de Tobías el arcángel san Rafael tiene un protagonismo destacado como guía que «conoce bien todos los caminos» (*Tob 6, 5*); de ahí que se le invoque a este arcángel como abogado de los caminantes y viajeros. «Iré con él -le dice el arcángel san Rafael a Tobit- y no temas: sanos partimos y sanos volveremos. El camino es seguro» (*Tob 5, 17*).

Cuántas veces hemos oído la voz de los padres, esposos, hijos o amigos, que a la hora de coger el coche nos han dicho: ¡no corras! ¡Ten cuidado en la carretera! ¡No bebas! A lo que hemos contestado una y otra vez: no temas, descuida, «he estado muchas veces y conozco bien todos los caminos» (Tob 5, 6), lo cual puede ser cierto, pero las estadísticas nos dicen que el exceso de confianza es causa de no pocos accidentes.

Madrid, 7 de julio de 2019

✠ **José Sánchez González**

Presidente del Departamento de Pastoral de la Carretera de la CEE

16 de julio, Día de las gentes del mar: «Confía, marinero, dale a él el timón»

El 16 de julio, festividad de la Virgen del Carmen, la Iglesia celebra el Día de las gentes del mar. El departamento de Apostolado del Mar, dentro de la Comisión Episcopal de Migraciones, ha preparado los materiales para esta jornada que lleva por lema, «Confía, marinero, dale a él el timón».

De hecho, el obispo promotor de este Apostolado, Mons. Luis Quinteiro Fiuza, aprovecha su mensaje para recordar que son muchas las situaciones de dificultad y las cuestiones complejas que atañen al mundo del mar. Son muchas también las personas -hijos de Dios- afectadas en su vida y trabajo por su relación con los desafíos y oportunidades que presentan nuestros mares, océanos y áreas costeras, cuyos medios de vida dependen del mundo de la mar.

Éste es el mensaje completo:

Día de las gentes del mar 2019 Mensaje Jornada de la Pastoral del Mar A los hombres y mujeres del mar en la festividad de nuestra Señora la Virgen del Carmen Nuevamente la Iglesia, en el día de la Virgen del Carmen, dirige su mirada hacia las gentes del mar. Y lo hace sabiendo de sus gozos y sus tristezas y animando en este año de 2019 a reconocer que

si entregamos nuestro timón al Señor de los mares -con la intercesión de la Virgen del Carmen- la barca de nuestras vidas llegará a buen puerto. Son muchas las dificultades y la complejidad de muchas situaciones y cuestiones las que atañen al mundo de la mar. Son muchas también las personas -hijos de Dios- afectadas en su vida y trabajo por su relación con los desafíos y oportunidades que presentan nuestros mares, océanos y áreas costeras, cuyos medios de vida dependen del mundo de la mar. Precisamente por eso nuestra confianza está más anclada y segura en las manos y el corazón que conduce el timón marineramente: nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de santa María. Y, por tanto, este día de las gentes del mar es momento muy apropiado para renovar nuestra confianza en Él, y superar así innumerables y persistentes cuestiones complejas que se esconden tras algunas significativas situaciones y cifras, que revelan la importancia y las aportaciones que los sectores pesqueros aportan a la sociedad. Por ejemplo, tres mil millones de personas dependen de la pesca. De ellos 500 millones de personas de los países en vías de desarrollo, sin olvidar que el 90% de las mercancías se transportan por mar, sirviendo desde un papel muy significativo a nuestra economía global transportando, de una parte a otra del globo, el 90% de los bienes que utilizamos en nuestra vida cotidiana. Muchas de estas actividades sirven para la seguridad alimentaria, para el crecimiento económico y para el alivio de la pobreza. Pero ello está acompañado de muchas injusticias: en primer lugar, además de los abusos físicos y verbales, cabe destacar la explotación masiva de pescadores, incluyendo numerosos casos de trabajo forzado, la trata de seres humanos y la desaparición en el mar. Este año pasado, en España, entre otros, naufragaron los pesqueros «Sin querer 2» y «A Silvosa», con varias víctimas en ellos. Sin olvidar la violencia y la piratería en el mar ni el abandono de buques y tripulación. Además, tampoco debemos olvidar el reto de la sostenibilidad de la fauna marina, la contaminación y otros problemas ambientales. Desde esta angustiada y dolorosa realidad, en la Iglesia no podemos taparnos los oídos, no podemos permanecer en silencio, sino dar nuestra voz a los que no la tienen. La mar es por un lado un elemento de contemplación y de admiración, y a la vez es un bien común que hay que proteger desde la concienciación y mediante leyes adecuadas, porque a veces la acción humana tiene un impacto negativo sobre los mares. Y entre quienes los que más sufren las consecuencias son las comunidades inocentes de países del Tercer Mundo, olvidando como los mares son

vías de unión de la familia humana y a la vez son fuentes de energía, alimento y comercio. Por todo ello, es muy importante considerar la solidaridad en este campo y, dentro de ella, de manera especial, según nos indica recientemente el papa Francisco, la «solidaridad intergeneracional» (cf. *Laudato si'*, nn. 159-162) como un imperativo moral clave para responder a los problemas de nuestro tiempo. Cuando se ponen las necesidades de nuestros contemporáneos, especialmente de los jóvenes, y también de las generaciones venideras, en el centro de los esfuerzos para cuidar la creación, se puede promover y proteger el bien común de todos, «ya que el mundo que hemos recibido también pertenece a quienes nos seguirán» (cf. n. 159). Es básico para el mundo de la mar que la solidaridad y la preocupación fraterna tiendan la mano de la amistad y de la compasión a los más pobres de nuestros espacios con expresiones concretas -como las que hacen ejemplarmente los centros de *Stella maris*- para el apoyo a las comunidades cercanas a la vida del mar o a los que visitan nuestros puertos. Porque según se indica en el *motu proprio Stella maris*, de san Juan Pablo II, «la naturaleza del apostolado especializado del mundo marítimo no consiste solamente en la actividad de suplencia, sino que hay que verla en una perspectiva más amplia. Su única finalidad no será pues satisfacer las exigencias básicas de la asistencia espiritual, ofreciendo un «minimum» indispensable y suficiente, sino que ha de orientarse hacia el desarrollo integral de la persona humana, teniendo en cuenta las peculiares y específicas circunstancias de su vida». Invitamos, pues, a las diócesis, parroquias marineras, cofradías, asociaciones, instituciones sociales, etc. a seguir trabajando por estas realidades que nos hacen estar en contacto con personas de tantos y diversos lugares. Y a seguir prestando el servicio social y religioso pertinente con todos los implicados, valorando todo lo que hacen las autoridades marítimas en beneficio del bien común. Os invitamos a confiar en el diálogo para que se fomenten una serie de respuestas cada vez más eficaces a los complejos desafíos con que nos enfrentamos. Hoy, mientras confiamos de todo corazón en el Timonel que dirige la barca de nuestras vidas y la barca que es la Iglesia, rezamos por todas las personas relacionadas con el mundo del mar, donde quiera que estén. Y, a la vez, queremos expresar nuestra gratitud por el duro trabajo lleno de sacrificios que llevan a cabo y que redundan en nuestro beneficio económico social, religioso y cultural. Encomendamos a la gente del mar y a sus familias a la intercesión de la bienaventurada

Virgen del Carmen, Stella maris y Stella matutina, tan celebrada en la Iglesia española en tantas devociones, procesiones marineras y actos de piedad, y transmitimos con alegría nuestra bendición como prenda de paz y gozo en el Señor.

16 de julio de 2019

✠ **Luis Quinteiro Fiuza** Obispo de Tui-Vigo
Promotor del Apostolado del Mar

**«Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo» (Sal 42, 3)
Orientaciones doctrinales sobre la oración cristiana**

**«Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo» (Sal 42, 3)
Orientaciones doctrinales sobre la oración cristiana
Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe**

Los obispos miembros de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe aprobaron en su reunión del pasado 3 de abril la nota doctrinal titulada «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo» (Sal 42,3). Orientaciones doctrinales sobre la oración cristiana. Con esta nota se «quiere mostrar la naturaleza y la riqueza de la oración y de la experiencia espiritual enraizada en la Revelación y Tradición cristianas, recordando aquellos aspectos que son esenciales; ofreciendo criterios que ayuden a discernir qué elementos de otras tradiciones religiosas hoy en día muy difundidas pueden ser integrados en una praxis cristiana de la oración y cuáles (...). Con ello, queremos ayudar a las instituciones y grupos eclesiales para que ofrezcan caminos de espiritualidad con una identidad cristiana bien definida, respondiendo a este reto pastoral con creatividad y, al mismo tiempo, con fidelidad a la riqueza y profundidad de la tradición cristiana» (n.6). La Comisión Permanente de la CEE autorizó su publicación en su CCXLIX reunión de los días 25-26 de junio de 2019.

«Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo» (Sal 42,3)

Orientaciones doctrinales sobre la oración cristiana

I. Situación espiritual y retos pastorales

1. La sed de Dios acompaña a todos y cada uno de los seres humanos durante su existencia. Así expresa san Agustín esta experiencia universal: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti». Sin embargo, la cultura y la sociedad actuales, caracterizadas por una mentalidad secularizada, dificultan el cultivo de la espiritualidad y de todo lo que lleva al encuentro con Dios. Nuestro ritmo de vida, marcado por el activismo, la competitividad y el consumismo, genera vacío, estrés, angustia, frustración, y múltiples inquietudes que no logran aliviar los medios que el mundo ofrece para alcanzar la felicidad.

2. En este contexto no pocos sienten un deseo acuciante de silencio, serenidad y paz interior. Estamos asistiendo al resurgir de una espiritualidad que se presenta como respuesta a la «demanda» creciente de bienestar emocional, equilibrio personal, disfrute de la vida o serenidad para encajar las contrariedades...; una espiritualidad entendida como cultivo de la propia interioridad para que el hombre se encuentre consigo mismo, y que muchas veces no lleva a Dios. Para ello, muchas personas, incluso habiendo crecido en un ámbito cristiano, recurren a técnicas y métodos de meditación y de oración que tienen su origen en tradiciones religiosas ajenas al cristianismo y al rico patrimonio espiritual de la Iglesia. En algunos casos esto va acompañado del abandono efectivo de la fe católica, incluso sin pretenderlo. Otras veces se intenta incorporar estos métodos como un «complemento» de la propia fe para lograr una vivencia más intensa de la misma. Esta asimilación se hace frecuentemente sin un adecuado discernimiento sobre su compatibilidad con la fe cristiana, con la antropología que se deriva de ella y con el mensaje cristiano de la salvación.

3. Las preguntas que suscita esta situación son numerosas: ¿La oración es un encuentro con uno mismo o con Dios? ¿Es abrirse a la voluntad de Dios o una técnica para afrontar las dificultades de la vida mediante el autodomínio de las propias emociones y sentimientos? ¿Es Dios lo más

importante en la oración o uno mismo? En el caso de que se admita una apertura a un ser trascendente, ¿tiene un rostro concreto o estamos ante un ser indeterminado? ¿Es el camino de acceso a Dios que nos ha abierto Jesucristo uno más entre otros posibles o es el que nos conduce al Dios vivo y verdadero? ¿Qué valor tienen para un cristiano las enseñanzas de Jesús sobre la oración? ¿Qué elementos de la tradición multisecular de la Iglesia se deben preservar? ¿Qué aspectos propios de otras tradiciones religiosas pueden ser incorporados por un cristiano en su vida espiritual? Son cuestiones decisivas para discernir si estamos ante una praxis cristiana de la oración.

4. La Iglesia, consciente de que el corazón del hombre no encontrará descanso más que en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que es el único que puede satisfacer su sed de eternidad, tiene el deber de proponer el mensaje cristiano en todos los tiempos. La experiencia cristiana, enraizada en la Revelación y madurada a lo largo de la historia, es tan rica que, según las exigencias y características de cada época, se privilegian unos aspectos u otros. Cuando la fe cristiana constituye un supuesto aceptado por la mayoría de la sociedad, que configura su identidad cultural y es fuente de unos valores compartidos, es lógico que los debates teológicos y las cuestiones morales ocupen el centro de interés en la vivencia de la fe. En cambio, cuando falta el fundamento de la fe personalmente asumida o, al menos, culturalmente compartida, las doctrinas se vuelven incomprensibles y las exigencias éticas acaban siendo inaceptables para muchos.

5. El momento actual plantea sus propias urgencias pastorales. Si bien siempre será necesario dar razón de nuestra esperanza (cf. 1Pe 3, 15) y presentar la bondad de las exigencias morales de la vida en Cristo para no caer en el peligro del fideísmo o de un cristianismo reducido a puro sentimiento, en este contexto cultural, en el que tantos viven al margen de la fe, el desafío básico consiste en «mostrar» a los hombres la belleza del rostro de Dios manifestado en Cristo Jesús de modo que se sientan atraídos por Él. Si queremos que todos conozcan y amen a Jesucristo y, por medio de Él, puedan llegar a encontrarse personalmente con Dios, la Iglesia no puede ser percibida únicamente como educadora moral o defensora de unas verdades, sino ante todo como maestra de espiritualidad y ámbito donde lle-

gar a tener una experiencia profundamente humana del Dios vivo.

6. A esta Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe llegan frecuentemente consultas sobre la verdadera espiritualidad cristiana, especialmente sobre las prácticas de meditación que incorporan métodos y técnicas importadas de las grandes religiones asiáticas, en alternativa o en concomitancia con la fe y la espiritualidad cristianas. En sintonía con las enseñanzas de la Iglesia, la presente notificación quiere mostrar la naturaleza y la riqueza de la oración y de la experiencia espiritual enraizada en la Revelación y Tradición cristiana, recordando aquellos aspectos que son esenciales; ofreciendo criterios que ayuden a discernir qué elementos de otras tradiciones religiosas hoy en día muy difundidas pueden ser integrados en una praxis cristiana de la oración y cuáles no; e indicando las razones de fondo de la incompatibilidad de ciertas corrientes espirituales con la fe cristiana. Con ello, queremos ayudar a las instituciones y grupos eclesiales para que ofrezcan caminos de espiritualidad con una identidad cristiana bien definida, respondiendo a este reto pastoral con creatividad y, al mismo tiempo, con fidelidad a la riqueza y profundidad de la tradición cristiana.

II. Aspectos teológicos

7. Un antiguo principio teológico dice: «*Lex orandi, lex credendi*», o bien: «*legem credendi lex statuat supplicandi*». La fe y la oración son inseparables, ya que «la Iglesia cree como ora» y en lo que reza expresa lo que cree. Por ello, si queremos afrontar adecuadamente esta problemática, nos hemos de referir brevemente a algunas cuestiones teológicas que tienen que ver con la cristología y con la comprensión de la salvación. De hecho, ciertos planteamientos dentro de la Iglesia han podido favorecer la acogida acrítica de métodos de oración y meditación extraños a la fe cristiana.

8. Durante las últimas décadas el misterio de Cristo ha estado en el centro del debate teológico. Además de la relación de continuidad entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe planteada por la incorporación de los métodos histórico-críticos, ha tenido gran trascendencia en la reflexión cristológica la realidad de la Encarnación y la confesión de Jesucristo como Salvador único y universal. En relación con la doble

naturaleza de la única persona divina del Verbo, algunos autores han cuestionado el carácter absolutamente singular del acontecimiento de la Encarnación del Hijo de Dios, interpretando este hecho histórico-salvífico como un símbolo de la presencia de Dios en todo ser humano. Jesús de Nazaret no sería el Hijo único de Dios hecho hombre en la plenitud de los tiempos, sino alguien en quien se habría dado la presencia de la divinidad con mayor intensidad, pero no de forma cualitativamente distinta a cualquier ser humano. Así, la Encarnación dejaría de ser un acontecimiento único y Jesucristo perdería la singularidad que le confiere su constitución divino-humana. Desde estos supuestos, Jesús no pasaría de ser un gran maestro que habría abierto un camino espiritual para que sus seguidores pudieran encontrar a Dios, igual que otros han iniciado tradiciones espirituales distintas. De ese modo, la humanidad de Cristo como camino concreto para llegar a Dios pierde su carácter único y su enseñanza no tiene más valor que la de otros maestros fundadores de religiones, con los que queda equiparado Jesús.

9. Por otra parte, el encuentro del cristianismo con otras religiones, especialmente asiáticas, ha dado lugar a las teologías del pluralismo religioso. Si, cuando se reduce la Encarnación a un símbolo, se diluye el carácter singular del Hijo, en estas teologías se difumina el rostro concreto del Dios cristiano, el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Referirse a Dios como hizo Jesús llamándolo «Padre mío y Padre vuestro» (Jn 20, 17) sería una forma más de hablar de la divinidad, del mismo modo que otras religiones usan términos más adecuados a su contexto cultural. La Revelación acontecida en Jesucristo no sería decisiva para conocer la verdad sobre Dios. El relativismo que caracteriza la mentalidad de nuestro mundo se traslada así al ámbito de lo religioso, de modo que ninguna religión puede presentarse con una pretensión de verdad. Todas las religiones quedan objetivamente equiparadas como caminos posibles de revelación y de salvación. Esta mentalidad vacía de contenido la fe cristiana y tiene consecuencias directas en algunos aspectos fundamentales de la vida de la Iglesia. No solo en la espiritualidad; pensemos, por ejemplo, en el peligro que esto entraña para la actividad misionera, que se volvería innecesaria si Cristo no fuera el Revelador del Padre y el Salvador único y universal.

10. Además, es importante notar la sustitución que se ha producido

en nuestra cultura de la idea cristiana de la salvación por el deseo de una felicidad inmanente, un bienestar de carácter material o el progreso de la humanidad. De este modo, la esperanza de los bienes futuros queda reemplazada por un optimismo utópico, que confía en que el hombre podrá alcanzar la felicidad mediante el desarrollo científico o tecnológico. Cuando se experimenta que la prosperidad material no asegura esa felicidad, esta se busca en un subjetivismo cuyo objetivo es llegar a estar bien con uno mismo. En ambos casos, se obvia el hecho de la muerte, el dolor, el fracaso y los dramas de la historia; se produce una mundanización de la salvación y se pierde el horizonte de eternidad que impregna la existencia humana.

III. Las espiritualidades que se derivan de estas doctrinas

1. *Asimilación de la metodología del budismo zen*

11. El deseo de encontrar la paz interior ha favorecido la difusión de la meditación inspirada en el budismo zen en muchos ambientes de nuestra sociedad. No podemos entrar aquí en un análisis de las diferencias entre las distintas corrientes. Aludiremos, más bien, a algunos elementos comunes. En primer lugar, la reducción de la oración a meditación y *la ausencia de un tú* como término de la misma convierten este tipo de prácticas en un monólogo que comienza y termina en el propio sujeto. La técnica zen consiste en observar los movimientos de la propia mente con el fin de pacificar a la persona y llevarla a la unión con su propio ser. Entendida así, difícilmente puede ser compatible con la oración cristiana, en la que lo más importante es el Tú divino revelado en Cristo.

12. Desde la idea de que el sufrimiento tiene su origen en la no aceptación de la realidad y en el deseo de que sea distinta, *la meta de la meditación zen es ese estado de quietud y de paz* que se alcanza aceptando los acontecimientos y las circunstancias como vienen, renunciando a cualquier compromiso por cambiar el mundo y la realidad. Por tanto, si con este método la persona se conformara solo con una cierta serenidad interior y la confundiera con la paz que solo Dios puede dar, se convertiría en obstáculo para la auténtica práctica de la oración cristiana y para el encuentro con Dios.

13. Además, frecuentemente el zen elimina *la diferencia entre el propio yo y lo que está fuera*, entre lo sagrado y lo profano, entre lo divino y lo creado. Una energía difusa anima toda la realidad visible e invisible que a veces adquiere fisonomía panteísta. Si en algún momento se alude a la divinidad, no se puede distinguir el rostro personal del Dios cristiano. Cuando la divinidad y el mundo se confunden y no hay alteridad, cualquier tipo de oración es inútil.

14. A veces la meditación zen es practicada por grupos cristianos y organizaciones eclesiales. Algunos llegan incluso a hablar de un supuesto *zen cristiano*. En principio esto no supondría mayor dificultad si se limitara a incorporar a la pedagogía de la oración cristiana ciertas técnicas que predisponen el cuerpo y el espíritu al silencio necesario para la oración, pero en no pocas ocasiones va más allá de esto, teniendo consecuencias para la misma comprensión de la oración. Como criterio de discernimiento, es bueno distinguir, en primer lugar, entre las técnicas concretas y el método. El método, como itinerario completo de meditación, es inseparable de la meta a la que se quiere llegar y de los supuestos antropológicos, religiosos y teológicos en los que nace y se sustenta. En cambio, las técnicas concretas para alcanzar ciertos estados de ánimo previos a la oración podrían aislarse del conjunto del método y de sus fundamentos. No es posible una oración propiamente cristiana que asuma globalmente un método que no esté originado o se aparte del contenido de la fe. Tampoco se pueden aceptar acríticamente ciertos planteamientos que interpretan algunos temas centrales de la fe cristiana desde los esquemas de pensamiento propios del budismo zen, estableciendo paralelismos, por ejemplo, entre el camino del zen y Jesús como camino; o entre la *kénosis* de Dios (el Hijo de Dios que se vacía) y el desapego y el desprendimiento radical que se practica en el budismo (el vaciarse de uno mismo). Estos paralelismos llevan frecuentemente a desvirtuar el contenido de la fe, porque olvidan que la universalidad salvífica de Jesucristo «abarca los aspectos de su misión de gracia, de verdad y de revelación».

2. Espiritualidad desde la teología del pluralismo religioso

15. El estudio comparado de las grandes tradiciones religiosas ha conducido a una toma de conciencia de los elementos comunes a todas

ellas. La dificultad surge cuando de los análisis fenomenológicos se extraen conclusiones teológicas y el pluralismo religioso de hecho se transforma en un pluralismo religioso de derecho. En tal caso, todas las religiones serían igualmente mediaciones de la divinidad, que se manifiesta de múltiples maneras en cada una de ellas. Ninguna podría pretender exclusividad o totalidad frente a las demás, pues todas servirían para acceder a la divinidad y todas estarían limitadas por sus condicionamientos culturales, que explicarían sus diferencias.

16. El relativismo religioso se convierte de este modo en criterio de discernimiento de la auténtica espiritualidad. Así como las diversas religiones podrían constituir caminos válidos de salvación y de conocimiento de Dios, todas sus prácticas espirituales podrían conducir al encuentro con Él, ya que, si Dios no ha manifestado su rostro plenamente en ninguna de ellas, no podríamos saber qué camino es el mejor para llegar a Él. En esta lógica, los itinerarios de vida espiritual que sean capaces de relativizar sus características propias y enriquecerse con las prácticas y usos de los demás, es decir, la suma de las religiones, tendría más valor que cada una por separado. Como consecuencia, una nueva experiencia compartida de lo divino, fruto del encuentro y la conjunción de todas las religiones, sería más completa y enriquecedora que la propuesta limitada de cada una de ellas. En el fondo de este planteamiento hay una negación de toda posibilidad de llegar a tener un conocimiento positivo de Dios, aunque sea limitado.

17. Aplicando estos principios al cristianismo, la revelación de Cristo aparecería como una más, condicionada histórica y culturalmente y, por eso mismo, susceptible de ser complementada con las aportaciones de las otras experiencias religiosas. La afirmación de que Jesucristo nos revela el verdadero rostro de Dios y que quien le ha visto a Él ha visto al Padre (cf. Jn 14, 9) no habría que interpretarla en un sentido exclusivo, puesto que en Cristo no conoceríamos a Dios más que en otras religiones. El cristianismo estaría llamado a trascender lo propio para valorar lo que es común a todas las experiencias religiosas de la humanidad. Y en eso que es común hallaría la verdad que está presente en todas ellas.

18. La fe cristiana se fundamenta en el hecho de que Dios se ha revelado en su Hijo Jesucristo, que es su propia Palabra eterna, como Trinidad

amorosa. Aun afirmando los límites de nuestros conceptos, sabemos que la representación trinitaria se corresponde con el ser de Dios; y que mediante el Hijo y el Espíritu se nos ha abierto el camino para llegar hasta el Padre. Por eso, aquellas formas de espiritualidad en las que en todo su recorrido se prescinde de la fe trinitaria y, particularmente de la Encarnación, no son compatibles con la fe cristiana, por distanciarse con claridad de la imagen cristiana de Dios. Una espiritualidad que se base en un apofatismo radical y excluyente de toda afirmación positiva acerca de Dios y proponga una vía exclusivamente negativa para llegar a Él, o que practique únicamente el silencio sumo como la actitud propia ante el absoluto, no es compatible con la fe cristiana de Dios.

3. Cristo como simple ejemplo

19. La interpretación del acontecimiento de la Encarnación como un «símbolo» lleva a concebir a Jesús como un modelo paradigmático del camino que todo ser humano está llamado a recorrer para llegar a Dios. La meta del itinerario espiritual sería la identificación con lo divino mediante un proceso de vaciamiento interior y de donación de sí mismo que conduce a un nuevo modo de ser. Esto, que está presente en todas las tradiciones religiosas, lo habría vivido de un modo ejemplar Jesús de Nazaret, pero no sería algo propio y exclusivo del cristianismo. Es más, este camino estaría de algún modo implícito en el interior de cada ser humano, aunque adormecido.

20. Según este planteamiento, la misión de Cristo habría consistido en indicar un camino –que no sería el único– para alcanzar la divinidad, y en despertar la conciencia de los hombres para que por sí mismos saquen a la luz lo que ya existía dentro de ellos. Esto lleva a una relativización de la mediación del Hijo para la salvación y, como consecuencia, de todos los elementos que en la enseñanza de Cristo y en la doctrina de la Iglesia se proponen como medios concretos para llegar a Dios. Todo esto serían mediaciones de valor secundario y que, a medida que se avanza en la experiencia espiritual, irían siendo superadas. El crecimiento espiritual llevaría a relativizar los aspectos concretos condicionados histórica y culturalmente de la persona de Jesús, para quedarse con aquellos que pueden ser válidos para todos los hombres con independencia de su credo. Esto conduce a una espiritualidad que, tomando a Jesucristo como

modelo de un modo de ser y despojándolo de los elementos históricos concretos, ve en Él la realización del ideal común a todos los caminos espirituales de la humanidad.

IV. Elementos esenciales de la oración cristiana

1. La oración de Jesús

21. Para responder a estos desafíos teológicos y pastorales y discernir los elementos esenciales de la oración cristiana, hay que dirigir en primer lugar una mirada a Jesucristo. Él es el único camino que nos conduce al Padre. Sus hechos y dichos son la norma y el referente principal de la vida cristiana. En los evangelios encontramos abundantes testimonios sobre la vida de oración del Señor y algunas enseñanzas al respecto. Jesús se retiraba a orar, unas veces solo (cf. Mc 6, 46; Mt 14, 23) y otras acompañado por alguno de sus discípulos (cf. Lc 9, 28; 22, 41). A veces pasaba la noche en oración alejado de las multitudes que le buscaban (cf. Lc 6, 12). Especialmente significativos son los momentos de oración antes de tomar decisiones importantes en su misión (cf. Lc 6, 12-13). Las palabras que pronunció en la cruz son su última oración con la que pone su vida en manos de Dios (cf. Lc 23, 46).

22. La oración del Señor es expresión de su relación filial con el Padre. Está, por tanto, dirigida a Dios y nunca es un ejercicio de introspección que termina en Él mismo. El Dios a quien el Señor se dirige tiene un rostro concreto. El Señor no vino al mundo para hacer su voluntad, sino para cumplir la voluntad del Padre que le había enviado (cf. Jn 6, 38). Su obediencia no es la de quien se somete por la fuerza a una imposición que le viene dada desde fuera, sino que nace del amor. Los momentos de mayor *kénosis* son ocasiones privilegiadas en las que la oración del Señor expresa, alimenta y vive humanamente su relación filial con el Padre. Es ese amor el que le lleva a vivir una entrega total y plena a la misión encomendada por el Padre. Todas las oraciones de Jesús son expresión de un corazón en el que no hay la más mínima disociación entre amor y obediencia en la realización de su misión salvífica: su oración brota del gozo del Espíritu para dar gracias al Padre (cf. Lc 10, 21); se dirige al Padre con confianza antes de resucitar a Lázaro (cf. Jn 11, 41-42); pide por sus discípulos para que el mundo crea (cf. Jn 17);

nace de su interior aceptando beber el cáliz de la cruz en el contexto de la pasión (cf. Lc 22, 42); suplica al Padre el perdón para sus verdugos desde la cruz (cf. Lc 23, 34), etc.

23. En la oración del Señor, el centro no son sus deseos ni la consecución de una felicidad terrena al margen de Dios, sino la comunión con el Padre. El criterio de autenticidad de la oración cristiana es la confianza filial en Dios, para aceptar que se haga siempre su voluntad, sin dudar nunca de Él y poniéndose al servicio de su plan de salvación. Vivir como si Dios no existiera es la mayor dificultad para la oración.

2. La enseñanza de Jesús sobre la oración

24. En este tiempo en el que parece que para muchos el primer problema de la oración es la cuestión de las técnicas para entrar en ella, llama la atención que Jesús no diera muchas instrucciones sobre esto. Para Él es más importante la sencillez exterior y la sinceridad interior. Esta es la clave para entender las breves indicaciones del Señor a los discípulos sobre cómo orar que encontramos en los textos evangélicos: no se puede separar la vida y la oración (cf. Mt 7,21); por eso, para presentar la ofrenda en el altar, es necesario estar en paz con los hermanos (cf. Mt 5, 23-25); la oración que nace del amor de Dios incluye pedir por los perseguidores (cf. Mt 5, 44); para orar en lo secreto, donde solo el Padre lo ve, no se necesitan muchas palabras (cf. Mt 6, 6-8); pedir perdón a Dios exige perdonar desde el fondo del corazón a los enemigos (cf. Mt 6, 14-15); para que la oración sea eficaz, hay que confiar en que ya se ha recibido lo que se ha pedido (cf. Mc 11, 24); es necesario orar siempre sin cansarse (cf. Lc 11, 5-13; 18, 1); la oración que llega a Dios nace de un corazón humilde (cf. Lc 18, 9-14); el cristiano reza en el Nombre de Jesús (cf. Jn 14, 13-14).

25. Entre todas las enseñanzas de Jesús sobre la oración destaca el Padrenuestro (cf. Mt 6, 9-13; Lc 11, 1-4). La oración del Señor es la propia del Hijo; la de los discípulos, la de quienes por gracia son hijos en el Hijo y, por eso, pueden dirigirse a Dios llamándole Padre. El cristiano reza el Padrenuestro con los mismos sentimientos filiales de Cristo, que no vino a hacer su voluntad, sino a cumplir la voluntad del Padre que le había enviado. Las tres primeras peticiones orientan el corazón del

cristiano hacia Dios desde las mismas actitudes de amor y obediencia de Cristo. Si «lo propio del amor es pensar primeramente en Aquel que amamos», lo primero que aflora en la oración no es el «yo» del discípulo, sino el deseo de que el nombre «de Dios» sea santificado, de que venga «su» reino y de que «su» voluntad, que no es otra que «todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tim 2, 2-3), se cumpla así en la tierra como en el cielo. El discípulo que vive con el deseo ardiente de buscar el Reino de Dios y su justicia (cf. Mt 6, 33), lo primero que expresa en su oración es ese deseo y esto la convierte en un grito de amor a Dios y de confianza en Él.

26. Las otras cuatro peticiones de la oración dominical nacen de un corazón que se sabe pobre y que con esperanza se dirige al Padre misericordioso en actitud suplicante, pidiendo por las propias necesidades y las de los demás. El discípulo no está fuera del mundo, pero sabe que, a pesar de todas sus posibles riquezas, es una criatura necesitada de la providencia y del amor del Padre. Desde su pobreza y fragilidad pide por «nosotros», por todos los hombres del mundo, para que Dios los sostenga en el tiempo de la peregrinación, perdone sus faltas, les dé fortaleza en la tentación y los libre del Maligno, la mayor amenaza para la salvación de la humanidad, así como el origen de todos los males, de los que es autor e instigador.

27. La oración dominical constituye el modelo y la norma de la oración auténticamente cristiana, porque, en palabras de san Agustín, «si vas discurriendo por todas las plegarias de la santa Escritura, creo que nada hallarás que no se encuentre y contenga en esta oración dominical. Por eso, hay libertad para decir estas cosas en la oración con unas u otras palabras, pero no debe haber libertad para decir cosas distintas».

3. La meta de la oración cristiana

28. «Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias». La oración cristiana es un gesto gratuito de reconocimiento a Dios, y no se puede instrumentalizar con otras finalidades. El centro y la meta es siempre Dios, a cuyo encuentro se encamina la vida del hombre. Sin fe, esperanza y caridad no podemos llegar a Él, y sin oración no podemos creer, esperar y amar. En palabras

de san Agustín, «la fe, la esperanza y la caridad conducen hasta Dios al que ora, es decir, a quien cree, espera y desea».

29. El discípulo sabe que, habiendo seguido al Señor, su presente y su futuro, como el de su Maestro, están en las manos del Padre. Esto le da una gran *confianza* en medio de las pruebas y dificultades de la vida, porque le permite «no andar agobiado», ni «afanarse» por el cuerpo ni por el vestido ni por lo que va a comer o beber, ni por el mañana (cf. Mt 6, 25-34). De este modo, la vida se convierte en un auténtico camino de fe y de confianza en Dios. Esta actitud fundamental se expresa y se alimenta en la oración, en la que se entra, a su vez, «por la puerta estrecha de la fe», que no es otra cosa que «una adhesión filial a Dios, más allá de lo que nosotros sentimos y comprendemos». Por esa adhesión filial, el creyente no duda de la verdad de su Palabra y de sus promesas, confía en Él y le obedece. Esta «audacia filial» se pone a prueba principalmente en la tribulación y lleva a vivir con la seguridad de que, si en algún momento Dios no concede lo que le pedimos, no es porque se haya olvidado de nosotros, sino porque nos quiere dar «bienes mayores». Si la oración es un acto de confianza en Dios, la perseverancia en ella es el signo más claro de una fe viva, ya que «orar es llamar con corazón perseverante y lleno de afecto a la puerta de Aquel que nos escucha». El abandono de la oración, por el contrario, es manifestación de una fe débil e inconstante. Consciente de la debilidad y fragilidad de su fe, el cristiano sabe que necesita orar para que el Señor aumente su fe y le conceda la gracia de perseverar en ella.

30. La oración es necesaria para crecer en la *esperanza*. Todos los seres humanos albergamos en nuestro corazón pequeñas esperanzas. En realidad, todos esos deseos remiten a algo más básico que los explica todos: «En el fondo, queremos sólo una cosa, la «vida bienaventurada», la vida que simplemente es vida, simplemente felicidad». En las pequeñas esperanzas de la vida cotidiana, los seres humanos proyectamos nuestro anhelo de felicidad y de salvación, nuestra esperanza de llegar a una vida en plenitud. La meta verdadera es la Vida eterna que, en palabras del Señor, consiste en «que te conozcan a ti único Dios verdadero y a tu enviado, Jesucristo» (Jn 17, 3). Solo en el conocimiento de Dios y de Jesucristo se verán colmados todos los anhelos del ser humano: «Quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está

sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida». La oración es el lugar privilegiado para mantener la esperanza y crecer en ella incluso en aquellas situaciones en las que humanamente parece que no hay motivos para seguir esperando. En esos momentos, la oración nos da la certeza de que no estamos solos, de que somos escuchados, de que hay una Esperanza absoluta, aunque no se realicen muchas de las esperanzas concretas y parciales que jalonan nuestra vida. Además, la oración nos hace crecer en el deseo de la Vida eterna, purifica nuestro corazón y lo ensancha para que sea capaz de recibir el Don prometido. Necesitamos orar para centrarnos en la verdadera meta de la esperanza, para perseverar en ella y disponernos a acoger el don de Dios.

31. Para Santa Teresa de Jesús, la oración es «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama». Recordando el amor de Dios se crece en el amor a Dios, ya que «amor saca amor». Santa Teresa del Niño Jesús describe su experiencia de oración con estas sencillas palabras: «Para mí la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada al cielo, un grito de gratitud y de amor tanto en medio del sufrimiento como en medio de la alegría. En una palabra, es algo grande, algo sobrenatural que me dilata el alma y me une a Jesús». Este amor «ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5, 5). El Espíritu es el Don cuyo deseo quería el Señor suscitar en el corazón de la Samaritana al dirigirse a ella diciéndole: «Si conocieras el don de Dios...» (Jn 4, 10). Él siembra en nosotros la semilla del amor a Dios que se alimenta en la plegaria y es también el maestro interior para conducirnos al Padre: «El Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables» (Rom 8, 26). Enviado a nuestros corazones, nos hace gritar «Abba» (cf. Rom 8, 14-16; Gal 4, 6). La vida de oración es obra del Espíritu Santo en el corazón del creyente. Él nos guía interiormente para que lleguemos a entrar en lo más profundo de la misma vida del Dios Trinitario que es amor. En el Espíritu y por medio de Cristo, nos dirigimos al Padre. La forma trinitaria es tan esencial en la oración cristiana como en la confesión de fe. El Dios en quien el hombre hallará el descanso no es un ser impersonal, sino el Padre que se ha acercado a nosotros en el Hijo y en el Espíritu para que podamos compartir con Él la grandeza de su amor.

32. Creciendo en la fe, la esperanza y el amor a Dios por medio de la oración, el cristiano se ejercita en la vivencia de su relación filial con Él. Ahora bien, no podemos olvidar que, cuando es auténtica, la oración cristiana lleva consigo inseparablemente el amor a Dios y el amor al prójimo. La relación sincera con Dios se debe verificar en la vida. Es un culto vacío y una falsa piedad la que se desentiende de las necesidades de los demás. Por eso, toda forma de espiritualidad que conlleve un desprecio de nuestro mundo y su historia, en particular de aquellos que más sufren, no es conforme con la fe cristiana. La verdad de la oración cristiana y del amor a Dios al que ella conduce se muestra en el amor y la entrega a los hermanos. El precepto del amor a Dios y al prójimo anima también la misión evangelizadora de la Iglesia para que todos los hombres se salven, según la voluntad divina. Por eso la oración y la caridad son el alma de la misión, que nos urge a compartir la alegría del Evangelio, el tesoro del encuentro con Cristo.

4. La forma eclesial de la oración

33. Cuando el cristiano ora, lo hace siempre como miembro del Cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia. De ella recibe inseparablemente la vida de la gracia y el lenguaje de la fe: «Como una madre que enseña a sus hijos a hablar y con ello a comprender y a comunicar, la Iglesia, nuestra Madre, nos enseña el lenguaje de la fe para introducirnos en la inteligencia y en la vida de la fe». Si la Iglesia es el lugar donde se recibe la fe, es también el ámbito privilegiado donde se aprende a orar: «por una transmisión viva (la sagrada Tradición), el Espíritu Santo, en la Iglesia creyente y orante, enseña a orar a los hijos de Dios». Y del mismo modo que la transmisión de la fe no es posible más que aprendiendo su lenguaje, así el aprendizaje de la oración requiere rezar con la Iglesia y en la Iglesia: «En la tradición viva de la oración, cada Iglesia propone a sus fieles el lenguaje de su oración». El aprendizaje de la oración solo es posible en el ámbito de la iniciación cristiana, que debe comenzar en el seno de familia, donde «la fe se mezcla con la leche materna».

34. Para la asimilación del lenguaje eclesial de la oración se necesita, en primer lugar, «la lectura asidua de la *Escritura*», a la que «debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre», pues «a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos

sus divinas palabras». La oración cristiana es iniciativa de Dios y escucha del hombre. En esto se distingue radicalmente de cualquier otro tipo de meditación. Desde sus inicios, la comunidad cristiana ha rezado con los Salmos, aplicándolos a Cristo y a la Iglesia: en su variedad, reflejan todos los sentimientos y situaciones de la vida de Jesús y de sus discípulos. La práctica de la «lectio divina», recomendada por la Iglesia, introduce al creyente en la historia de la salvación y personaliza la relación salvífica de Dios con su Pueblo. El lenguaje eclesial de la oración se encuentra sobre todo en la sagrada *liturgia*. El creyente «interioriza y asimila la liturgia durante su celebración y después de la misma». De este modo, al unir la oración personal y la liturgia, evita caer en el peligro de un subjetivismo que reduce la oración a un simple sentimiento sin contenido objetivo. El centro de la vida litúrgica lo constituye el sacramento de la Eucaristía, «fuente y culmen de toda la vida cristiana» y, por ello, la oración más importante de la Iglesia. El encuentro sacramental con el amor de Dios en su Palabra y en el Cuerpo y la Sangre de Cristo que se vive en la Santa Misa se prolonga en la adoración eucarística. El lenguaje eclesial de la oración se adquiere también entrando en contacto con los *testigos* que, bajo la acción del Espíritu Santo, han hecho posible «la tradición viva de la oración, por el testimonio de sus vidas, por la transmisión de sus escritos y por su oración hoy». Ciertamente no hay una única espiritualidad cristiana. A lo largo de la historia de la Iglesia se han desarrollado diversas espiritualidades. Todas ellas «participan de la tradición viva de la oración y son guías indispensables para los fieles. En su rica diversidad, reflejan la pura y única luz del Espíritu Santo».

35. Lo más importante en la plegaria «es la presencia del corazón ante Aquel a quien hablamos en la oración». Si la naturaleza humana tiene un carácter inseparablemente corpóreo-espiritual, el ser humano tiene necesidad de expresar externamente sus sentimientos. *La oración vocal*, tan plenamente humana, es «un elemento indispensable de la vida cristiana». No se puede oponer a la oración interior. Ambas se necesitan mutuamente, porque los seres humanos no podemos prescindir del lenguaje a la hora de pensar y de expresarnos; y porque la oración vocal, en la medida en que ayuda al orante a tomar conciencia de Aquel a quien está hablando «se convierte en una primera forma de oración contemplativa». La invocación del nombre de Jesús, tan arraigada en el oriente cristiano, ha sido llamada con razón la oración del corazón, por-

que nadie puede pronunciar con los labios el nombre de Jesús sin tener su Espíritu (cf. 1 Cor 12,3). Junto a la oración vocal, está *la meditación*. En ella el orante busca comprender las exigencias de la vida cristiana y responder a la voluntad de Dios. La meditación cristiana no consiste únicamente en analizar los movimientos del propio interior, ni termina en uno mismo, sino que nace de la confrontación de la propia vida con la voluntad de Dios que se intenta conocer a través de las obras de la creación y de su Palabra, plenamente revelada en Cristo. En *la contemplación*, las palabras y los pensamientos dejan paso a la experiencia del amor de Dios: el orante centra su mirada de fe y su corazón en el Señor y crece en su amor. Por ello, la oración contemplativa es, propiamente hablando, «la oración del hijo de Dios, del pecador perdonado que consiente en acoger el amor con el que es amado y que quiere responder a él amando más todavía»; es al mismo tiempo «la expresión más sencilla del misterio de la oración» y su culmen, porque en ella llegamos a la unión con Dios en Cristo.

36. La oración también es combate y supone un esfuerzo para superar las dificultades que aparecen en el camino. Los grandes maestros de la espiritualidad cristiana, para ayudar a perseverar en el camino de la oración y superar los obstáculos, han sugerido distintas técnicas y han descrito las varias etapas. En lo referente a *las técnicas*, a las que tanta importancia se da actualmente, debemos recordar de nuevo que más importante que una oración formalmente bien hecha, es que vaya acompañada y sea expresión de la autenticidad de la vida. De todos modos, la oración cristiana ha ido generando diversos métodos para ponerse en presencia de Dios con actitudes corporales y mentales, que no pretenden simplemente descubrir virtualidades escondidas en la persona, sino «abrirse en humildad a Cristo y a su Cuerpo místico, que es la Iglesia». Estas técnicas, al igual que las que provienen de tradiciones ajenas al cristianismo, «pueden constituir un medio adecuado para ayudar a la persona que hace oración a estar interiormente distendida delante de Dios, incluso en medio de las sollicitaciones exteriores». Pero nunca se pueden confundir las sensaciones de quietud y distensión o los sentimientos gratificantes que producen ciertos ejercicios físicos o psíquicos con las consolaciones del Espíritu Santo. Esto «constituye un modo totalmente erróneo de concebir el camino espiritual».

37. En lo referente a *las etapas* en el camino de perfección, muchas escuelas de espiritualidad cristiana han adoptado el esquema de las tres vías (purificación, iluminación y unión). Este esquema debe entenderse siempre desde los supuestos de la fe cristiana: la «búsqueda de Dios mediante la oración debe ser precedida y acompañada de la ascesis y de la purificación de los propios pecados y errores, porque, según la palabra de Jesús, solamente «los limpios de corazón verán a Dios» (Mt 5, 8)». Quien se ha purificado, por la iluminación de la fe, que ayuda a comprender la dimensión más profunda de los misterios confesados y celebrados por la Iglesia, es conducido al conocimiento interno de Cristo, que no consiste únicamente en saber cosas acerca de Él, sino en un conocimiento impregnado por la caridad. Finalmente, el cristiano que persevera en la oración puede llegar a tener, por gracia de Dios, una experiencia particular de unión. Esta es inseparable y se fundamenta siempre en la unión con Dios que se realiza objetivamente en el organismo sacramental de la Iglesia, como lo demuestra la tradición de los grandes santos. Cualquier misticismo que, rechazando el valor de las mediaciones eclesiales, oponga la unión mística con Dios a la que se realiza en los sacramentos, especialmente en el Bautismo y la Eucaristía o que lleve a pensar que los sacramentos son innecesarios para las personas «espirituales», no puede considerarse cristiano.

38. La Santísima Virgen María, Madre y modelo eminente de la Iglesia, es también para todos los cristianos ejemplo logrado de oración. En el tiempo que precede a la Anunciación, su plegaria la lleva a prestar atención a las cosas de Dios y a crecer en el deseo de entregarse totalmente a Él en el cumplimiento de su voluntad; cuando recibe el anuncio del Ángel, manifiesta su consentimiento para que se cumpla en Ella la Palabra que le ha sido anunciada y se ofrece a Dios como su humilde esclava (Lc 1, 38); en su cántico de alabanza manifiesta su alegría en el Señor, no sólo por lo que ha hecho en Ella, sino porque por medio de su Hijo se realiza la salvación de toda la humanidad (Lc 1, 46-55); en los acontecimientos de la infancia del Señor conservaba y meditaba todo en su corazón (Lc 2, 19), acogía las gracias que Dios le daba por medio de su Hijo y se disponía a responder con más generosidad; mirando a Jesucristo veía en actitud contemplativa al Hijo de Dios hecho hombre y era introducida como nadie lo ha sido jamás en la misma vida de la Trinidad; en Caná de Galilea se muestra como una mediadora eficaz

ante su Hijo y su intercesión provoca que el Señor comience a realizar los signos que manifiestan la llegada de la hora de la salvación (Jn 2, 1-10); al pie de la cruz hace suyas las palabras de Jesús y en su corazón las transforma en su propia oración; en la espera del Espíritu Santo ora con la Iglesia (Hech 1, 14) haciendo suyas todas sus necesidades, y ora por ella para que no desfallezca en su misión. Ella, con su testimonio, ha sido para tantos maestros de oración el verdadero modelo de discípulo orante.

Conclusión

39. «La gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre es la visión de Dios». La sed de Dios que acompaña la existencia de todo ser humano se saciará finalmente cuando pueda contemplarlo cara a cara. Mientras tanto, la oración, expresión de este deseo de Dios «en medio de nuestra vida cotidiana», es necesaria para perseverar en el camino de la santidad, a la que todos estamos llamados por voluntad de Dios (1 Tes 4, 3) y «sin la cual nadie verá al Señor» (Heb 12, 14). Ese es el verdadero objetivo de cualquier introducción a la vida de plegaria.

40. En esta nota hemos querido recordar los elementos esenciales que no pueden faltar en la iniciación a la oración cristiana. Exhortamos, pues, a los sacerdotes, personas consagradas, catequistas, a las familias cristianas, a los grupos parroquiales y movimientos apostólicos, a los responsables de pastoral de los centros educativos, a quienes están al frente de casas y centros de espiritualidad, cuya misión en la Iglesia consiste en ayudar a los cristianos a crecer en la vida interior, a que tengan en cuenta estos principios y no se dejen «arrastrar por doctrinas complicadas y extrañas» (Heb 13, 9) que desorientan al ser humano de la vocación última a la que ha sido llamado por Dios, y llevan a la pérdida de la sencillez evangélica, que es una característica fundamental de la oración cristiana.

Madrid, 28 de agosto de 2019, fiesta de san Agustín de Hipona.

Presidente: Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Enrique Benavent Vidal, Obispo de Tortosa

Miembros: Excmos. y Rvdmos. Sres.

Agustín Cortés Soriano, Obispo de Sant Feliu de Llobregat

Luis Quintero Fiuza, Obispo de Tui-Vigo

José María Yanguas Sanz, Obispo de Cuenca

Juan Antonio Martínez Camino, S.J., Obispo Auxiliar de Madrid

Alfonso Carrasco Rouco, Obispo de Lugo

Francisco Simón Conesa Ferrer, Obispo de Menorca

NOTAS:

San Agustín, *Confesiones*, I. 1: CCL 27, 1.

Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* (11 octubre 1992), 4.^a parte, n. 2558-2854; Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre algunos aspectos de la meditación cristiana – *Orationis formas* (15 octubre 1989); Consejo Pontificio de la Cultura y Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, *Jesucristo, portador del agua de la vida*. Una reflexión cristiana sobre la New Age (3 febrero 2003).

Catecismo de la Iglesia Católica (11 octubre 1992), n. 1124.

Los papas han aprobado importantes declaraciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre estas cuestiones: Declaración para salvaguardar la fe de algunos errores recientes sobre los misterios de la Encarnación y la Trinidad – *Mysterium filii Dei* (21 febrero 1979); Declaración *Dominus Iesus*, sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia (6 agosto 2000). También la Conferencia Episcopal Española se ha pronunciado en distintas ocasiones sobre cuestiones relacionadas con la fe en Jesucristo: Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, *Cristo presente en la Iglesia*. Nota doctrinal sobre algunas cuestiones cristológicas e implicaciones eclesiológicas (1992); Asamblea Plenaria de la CEE, Instrucción pastoral *Teología y secularización en España* (30 marzo 2006), especialmente los números 22-35; Id., *Jesucristo, Salvador del hombre y esperanza del mundo*. Instrucción pastoral sobre la

persona de Cristo y su misión (21 abril 2016).

Cf. San Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptoris missio* sobre la permanente validez del mandato misionero (7 diciembre 1990), n. 36; Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración *Dominus Iesus*, n° 4; Id., *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la Evangelización* (3 diciembre 2007).

Cf. Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, sobre la esperanza cristiana (30 noviembre 2007), n. 22; Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Placuit Deo*, sobre algunos aspectos de la salvación cristiana (22 febrero 2018), n° 6.

Sobre el pelagianismo y el gnosticismo actuales, cf. Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, sobre el llamado a la santidad en el mundo actual (19 marzo 2018), n. 36-62; Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Placuit Deo*, n° 3: «En nuestros tiempos prolifera una especie de neopelagianismo para el cual el individuo, radicalmente autónomo, pretende salvarse a sí mismo, sin reconocer que depende, en lo más profundo de su ser, de Dios y de los demás. La salvación es entonces confiada a las fuerzas del individuo, o de las estructuras puramente humanas, incapaces de acoger la novedad del Espíritu de Dios. Un cierto neo-gnosticismo, por su parte, presenta una salvación meramente interior, encerrada en el subjetivismo, que consiste en elevarse con el intelecto hasta los misterios de la divinidad desconocida».

Muchas veces estas técnicas de meditación, como el *mindfulness*, intentan esconder su origen religioso y se difunden en movimientos que se podrían reunir bajo la denominación *New Age*, por cuanto se proponen en alternativa a la fe cristiana.

Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Orationis formas*, n° 28.

Cf. *ibid.*, n° 3: «La oración cristiana está siempre determinada por la estructura de la fe cristiana, en la que resplandece la verdad misma de Dios y de la criatura. Por eso se configura, propiamente hablando, como un diálogo personal, íntimo y profundo, entre el hombre y Dios».

San Juan Pablo II, Carta enc. *Redemptoris missio*, nº 5.

Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Orationis formas*, nº 12.

Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2603: «Su conmovedor «¡Sí, Padre!» expresa el fondo de su corazón, su adhesión al querer del Padre, de la que fue un eco el «Fiat» de su Madre en el momento de su concepción y que preludia lo que dirá al Padre en su agonía. Toda la oración de Jesús está en esta adhesión amorosa de su corazón de hombre al «misterio de la voluntad» del Padre (Ef 1, 9)».

Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2804.

Cf. Francisco, Exh. ap. *Gaudete et exsultate*, n. 154: «La súplica de intercesión tiene un valor particular, porque es un acto de confianza en Dios y al mismo tiempo una expresión de amor al prójimo... La oración será más agradable a Dios y más santificadora si en ella, por la intercesión, intentamos vivir el doble mandamiento que nos dejó Jesús. La intercesión expresa el compromiso fraterno con los otros cuando en ella somos capaces de incorporar la vida de los demás, sus angustias más perturbadoras y sus mejores sueños. De quien se entrega generosamente a interceder puede decirse con las palabras bíblicas: «Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por el pueblo» (2 M 15,14)».

San Agustín, *Carta 130, a Proba*, 12.

Ibid., 13.

Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2656, 2609.

Ibid., n. 2609.

Ibid., n. 2610.

San Agustín, *Carta 130, a Proba*, 14.

Ibid., 10.

Cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, n. 32. La oración es uno de los lugares privilegiados para el aprendizaje de la esperanza.

Ibid., n. 11.

Ibid., n. 27.

Cf. *ibid.*, n. 33: « define la oración como un ejercicio del deseo. El hombre ha sido creado para una gran realidad, para Dios mismo, para ser colmado por Él. Pero su corazón es demasiado pequeño para la gran realidad que se le entrega. Tiene que ser ensanchado. «Dios, retardando , ensancha el deseo; con el deseo, ensancha el alma y, ensanchándola, la hace capaz » (*Homilía sobre la Primera Carta de San Juan*)».

Cf. *ibid.*, n. 34: «Así nos hacemos capaces de la gran esperanza y nos convertimos en ministros de la esperanza para los demás: la esperanza en sentido cristiano es siempre esperanza para los demás».

Libro de la Vida, cap. 8, 5.

Ibid., cap. 22, 14.

Manuscritos autobiográficos, manuscrito C, 25r-25v.

El Papa Francisco, en la Exh. ap. *Gaudete et exsultate*, insiste en los mismo en varias ocasiones: «La oración es preciosa si alimenta una entrega cotidiana de amor. Nuestro culto agrada a Dios cuando allí llevamos los intentos de vivir con generosidad y cuando dejamos que el don de Dios que recibimos en él se manifieste en la entrega a los hermanos... El mejor modo de discernir si nuestro camino de oración es auténtico será mirar en qué medida nuestra vida se va transformando a la luz de la misericordia» (n. 104-105; cf. también n. 26; 100). Cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, 33: «Rezar no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. En la oración, el hombre ha de aprender qué es lo que verdaderamente puede pedirle a Dios, lo que es digno de Dios. Ha de aprender que no puede rezar contra el otro. Ha de aprender que no puede pedir cosas superficiales y banales que desea en ese momento, la pequeña esperanza equivocada que lo aleja de Dios».

Cf. Concilio Vaticano II, Decreto *Apostolicam Actuositatem* sobre el Apostolado de los laicos, 3.

Cf. Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, 8: «Sólo gracias a ese encuentro –o reencuentro– con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?».

Catecismo de la Iglesia Católica, n. 171.

Ibid., n. 2651.

Ibid., n. 2663; Cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, n. 34: «Ha de estar guiada e iluminada una y otra vez por las grandes oraciones de la Iglesia y de los santos, por la oración litúrgica, en la cual el Señor nos enseña constantemente a rezar correctamente».

Francisco, *Homilía. Misa en el Parque de los Samanes* (Guayaquil, 6 de julio de 2015).

Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2653.

Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, sobre la Divina Revelación, n. 25.

Cf. Francisco, Exh. ap. *Gaudete et exsultate*, n. 149: «La oración confiada es una reacción del corazón que se abre a Dios frente a frente, donde se hacen callar todos los rumores para escuchar la suave voz del Señor que resuena en el silencio».

Cf. San Ambrosio, *Comentario sobre el salmo 1*: CSEL 64, 7.9-10.

Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2655.

Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre

la Iglesia, 11.

Cf. Francisco, *Catequesis* (15 noviembre 2017); cf. también *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2643: «La Eucaristía contiene y expresa todas las formas de oración: es la «ofrenda pura» de todo el Cuerpo de Cristo a la gloria de su Nombre (cf MI 1, 11); es, según las tradiciones de Oriente y de Occidente, «el sacrificio de alabanza»».

Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2683.

Ibid., n. 2684.

Ibid., n. 2700.

Ibid., n. 2701.

Ibid., n. 2704.

Entre las prácticas de oración vocal recomendadas por la Iglesia hay que mencionar el rezo del Santo Rosario: San Pablo VI, Exhortación apostólica *Marialis cultus*, para la recta ordenación y desarrollo del culto a la Santísima Virgen María (2 febrero 19974); San Juan Pablo II, Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, sobre el Santo Rosario (16 octubre 2002).

Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2712.

Ibid., n. 2713.

Cf. Francisco, Exh. ap. *Gaudete et exsultate*, n. 158-162: «La vida cristiana es un combate permanente... Para el combate tenemos las armas poderosas que el Señor nos da: la fe que se expresa en la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria, el empeño misionero».

San Juan Pablo II, *Homilía en IV Centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús* (Ávila, 1 de noviembre de 1982).

Carta *Orationis formas*, 28.

Ibid.

Ibid., 18; cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, n. 33: « ha de purificar sus deseos y sus esperanzas. Debe liberarse de las mentiras ocultas con que se engaña a sí mismo: Dios las escruta, y la confrontación con Dios obliga al hombre a reconocerlas también... El encuentro con Dios despierta mi conciencia para que ésta ya no me ofrezca más una auto-justificación ni sea un simple reflejo de mí mismo».

San Ireneo de Lyon, *Tratado contra las herejías*, IV, 20, 7: PG 7,1037.

Francisco, Exh. ap. *Gaudete et exsultate*, n. 149.

Cf. *ibid.*, n. 147: «La santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración... No creo en la santidad sin oración».

